LOS HOMBRES de la historia



La Historia Universal a través de sus protagonistas

Disraeli

Royden Harrison

Centro Editor de América Latina

LOS HOMBRES de la historia

Entre los primeros ministros británicos del siglo XIX, Benjamín Disraeli - nacido en Londres en 1804 - fue un personaje de excepcional singularidad. Sólo él obtuvo el altísimo cargo sin ser heredero de grandes riquezas o estar vinculado con la aristocracia y fue también el único en llegar a la cima sin la ventaja de haber frecuentado una de las grandes escuelas públicas o las viejas universidades. Desprovisto de los privilegios que disfrutaron sus predecesores, así como sus sucesores, debió soportar también la carga peculiar que derivaba del hecho de pertenecer a la detestada raza judía. Pese a haber sido bautizado a la edad de trece años, Disraeli fue siempre el extranjero, el hebreo y aun en la hora del triunfo supremo, cuando surgió como figura dominante de la política europea, todavía se pensaba en él con referencia a su raza.

En un medio donde se pretendía que un hombre debía heredar, junto con las tierras también las opiniones entró en la vida política sin tierras y sin opiniones, por lo menos declaradas pese a lo cual llegó a ser líder de los tories y dos veces primer ministro de un gabinete conservador.

Sin embargo, hoy resulta fácil señalar el carácter efímero de sus éxitos y su imperialismo se nos aparece gastado y disminuido.

Pero si el imperialismo británico es un sueño que se desvanece, nada de cuanto dejó en herencia Disraeli ha tenido tan poco éxito como su supersticioso misticismo respecto de la raza. La nebulosa doctrina de que la "raza es todo" no habría de vincularse con la exaltación del pueblo hebreo sino con la dura realidad del exterminio de seis millones de judíos en las cámaras de gas alemanas.

Sólo una de las realizaciones resultó duradera, cualquiera sea el valor que se le atribuya. En todos los países de Europa, fuera de Inglaterra, los tradicionales partidos de la derecha se resquebrajaron y debieron reconstruirse bajo diferentes estandartes. Ninguno de ellos, con excepción del partido conservador inglés puede jactarse de poseer antecedentes que sobrepasen los cien años. Es en buena medida mérito de la herencia de Disraeli, que los conservadores no sólo hayan sobrevivido al advenimiento de la democracia de masas sino que se hayan implantado como gobierno normal en Inglaterra.

En sustancia, como Metternich, Disraeli fue un contrarrevolucionario: nada le parecía más pobre que la igualdad entre los hombres. Sin embargo, fue un gran realista que intuyó la necesidad de contraponer al cambio de las circunstancias una actitud dúctil. Se aseguró el poder para sí y para su partido, sustituyendo a un programa contrarrevolucionario, perspectivas capaces de oponerse a la revolución.

Los tories se habían manifestado siempre contrarios a los derechos del hombre y Disraeli les enseñó que si querían oponerse a la idea de Progreso, debían hacer una práctica constante del Mejoramiento; si querían obstaculizar al socialismo, debían alentar la reforma social. Murió en el año 1881.

Títulos ya publicados

1. Freud
2. Churchill
3. Picasso
4. Lenin
5. Einstein
6. Juan XXIII
7. Hitler
8. Chaplin
9. Bertolt Brecht
10. F. D. Roosevelt
11. García Lorca
12. Stalin
13. De Gaulle
14. Pavlov
15. Ho Chi Minh
16. Gandhi
17. Bertrand Russell
18. Cronología
19. Hemingway
20. Camilo Torres
21. Ford
22. Lumumba
23. Eisenstein
24. Mussolini
25. Le Corbusier
26. Los Kennedy
27. Diego Rivera
28. Proust
29. Nasser
30. Franco
31. Sartre
32. Dalí
33. Piaget
34. T. S. Eliot
35. Luchino Visconti
36. Hegel
37. Hidalgo
38. Bolívar
39. Delacroix
40. Balzac
41. Artigas
42. Darwin
43. Lincoln
44. Victoria
45. Poe

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director responsable: Pasquale Buccomino
Director editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi.

46. **Disraeli - El siglo XIX.**
Este es el undécimo fascículo del tomo **El siglo XIX.**

Ilustraciones del fascículo Nº 46:
Embajada Británica en Roma: pp. 294-295 (1, 2).
Arborio Mella: p. 282 (1, 2); p. 284 (1); p. 285 (1); p. 287 (3); p. 288 (2, 3, 4); p. 291 (1); p. 292 (1); p. 298 (1); p. 301 (2, 3); p. 304 (1); p. 305 (2, 3).
British Museum, Londres: p. 294 (1, 2); p. 295 (3, 4).
A. Zennaro: p. 284 (2, 3); p. 288 (1); p. 301 (1); p. 302 (1, 2, 3); p. 307 (1).

Traducción de Eduardo Prieto.

Centro Editor de América Latina S.A.
Junín 981 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S.A., Luca 2223, Buenos Aires, en julio de 1976.
Distribuidores en la República Argentina
Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5º C, Capital.
Interior: Ryela S.A.I.C.F. y A., Bartolomé Mitre 853, 5º, Capital.

Disraeli

Royden Harrison

1804
Nace en Londres Benjamín Disraeli, segundo hijo de Isaac y María, de religión judía.

1817
Es bautizado, pero frecuenta la Higham Hall, una escuela para la clase media dirigida por un unitarista.*

1821
Se desempeña como empleado en un estudio de procuración.

1822-25
Entra en los círculos literarios; conoce a sir Walter Scott. Primeras tentativas literarias, luego de abandonado definitivamente el estudio del derecho.

1825
Infortunadas especulaciones financieras. Escribe tres libelos anónimos a propósito de las South American Mining Companies.

1826-27
Escribe *Vivian Grey.*

1831
Escribe *The Young Duke* (El joven duque).

1830-31
Realiza un viaje por el Mediterráneo.

1832
Intenta por dos veces entrar en el Parlamento, primero como candidato de Wycombe y luego de Buckingham. Escribe *Gallomania* y *Contarini Fleming.*

1833
Probable candidato de Marylebone. Escribe *What is he?* (*¿Qué es él?*).

1834
Inicia una relación amorosa con Henrietta Sykes y se vincula en amistad con lord Lyndhurst, Tercer fracaso electoral de Disraeli en Wycombe.

* Adherente de la doctrina religiosa que reconoce en Dios una sola persona.

1835
Se une a los conservadores. Candidato en Taunton, resulta derrotado. Escribe la *Vindication of the English Constitution* (*Defensa de la constitución inglesa*).

1837
Es elegido segundo miembro *tory* en Maidstone.

1839
Se casa con Mary Anne (Mrs. Wyndham Lewis).

1841
Solicita sin éxito a sir Robert Peel un cargo en el nuevo gobierno conservador.

1842-45
Está a la cabeza de la "Joven Inglaterra". Escribe *Coningsby* (1844) y *Sybil* (1845).

1846
Se opone a Peel respecto de las Corn Laws (Leyes proteccionistas sobre los cereales) y contribuye a provocar la caída del gobierno.

1847
Escribe *Tancredi.*

1848
Adquiere Hughenden.

1849
Jefe de los *tories* en los Comunes. Abandona el programa proteccionista.

1851
Escribe *Lord George Bentinck.*

1852
Canciller del Exchequer en el primer gobierno de Derby. El gobierno es derrotado a fines de año.

1858
Canciller del Exchequer en el segundo gobierno de Derby.

1859
Presenta el "Reform Bill" (Proyecto de reforma electoral), pero es derrotado. Disolución de las Cámaras. Disraeli es eliminado de su cargo.

1866
Se opone al "Reform Bill" de Russell-Gladstone. Con ayuda de los *whigs* disidentes, Disraeli hace caer al gobierno y llega al cargo de canciller del Exchequer en la tercera administración de Derby. Se muestra entonces reacio a proceder a la reforma electoral.

1867
Emite una disposición conocida por el nombre de "Second Reform Act" (Segunda ley de reforma electoral).

1868
Marzo-noviembre. Disraeli es ministro. Su gobierno es derrotado en la cuestión de la Iglesia irlandesa, y él mismo pierde las elecciones. Su mujer asume el título de lady Beaconsfield.

1870
Escribe *Lothair.*

1872
Lleva una ofensiva contra los liberales; proclama el imperialismo y las reformas sociales. Muerte de lady Beaconsfield.

1873
Se rehúsa a aceptar la dirección del gobierno después de la renuncia de Gladstone.

1874
Victoria en las elecciones generales: Disraeli es primer ministro por segunda vez.

1875
Emprende el programa de reformas sociales; adquiere las acciones del canal de Suez.

1876
"Royal Titles Bill" (Ley de títulos reales); desafía la iniciativa de la Triple Alianza acerca de la cuestión oriental; se muestra incrédulo sobre las atrocidades búlgaras; asume el título de conde de Beaconsfield.

1877
Estalla la guerra ruso-turca; su política antirrusa lo opone a su secretario de Relaciones Exteriores, lord Derby.

1878
Derby renuncia. Disraeli hace preparativos militares para inducir a Rusia a someter el tratado de San Esteban a la consideración de Europa. Congreso de Berlín: vuelve de él trayendo una "paz honorable".

1879
Guerras zulú y afgana. Disminuye la popularidad del imperialismo. Primera campaña de Midlothian por parte de Gladstone.

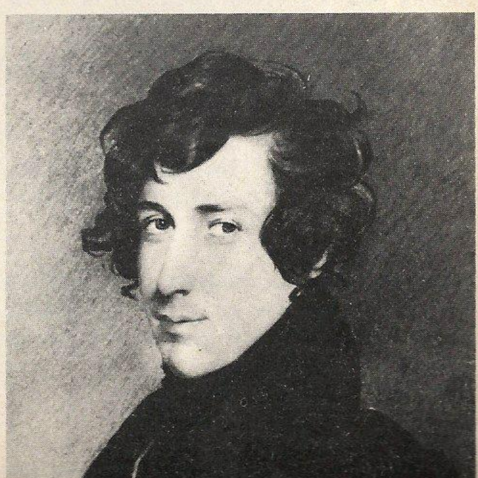
1880
Derrota de Disraeli en las elecciones generales.
Gladstone asume el cargo de primer ministro.
Escribe *Endimión.*

1881
Muerte de Benjamín Disraeli primero y único conde de Beaconsfield.

1

1. Benjamín Disraeli joven dandy. Londres, National Portrait Gallery.

2. Benjamín Disraeli, *de Charles Bone, 1828. Londres, National Portrait Gallery.*



2

Un líder conservador insólito

Entre los primeros ministros británicos del siglo XIX, Benjamín Disraeli fue un personaje de excepcional singularidad. Sólo él obtuvo el altísimo cargo sin ser heredero de grandes riquezas o estar vinculado con la aristocracia; y fue también el único en llegar a la cima de lo que él llamaba "el mástil de la cucaña" sin haber tenido la ventaja de haber frecuentado una de las grandes escuelas públicas o las viejas universidades. Desprovisto de los privilegios de que habían disfrutado sus predecesores, así como de sus sucesores, debió soportar también la carga peculiar que derivaba del hecho de pertenecer a la detestada raza judía. Antes de 1829 los judíos, los disidentes y los católicos romanos estaban excluidos del Parlamento, y sólo en 1858 un judío practicante pudo sentarse en la Cámara de los Comunes. Pese a haber sido bautizado a la edad de trece años, Disraeli fue siempre el extranjero, el judío. En la hora del triunfo supremo, cuando surgió como figura dominante de la política europea, todavía se pensaba en él con referencia a su raza. *"Der alte Jude*, dijo Bismarck, *das ist der Mann"* [El viejo judío, ése es el hombre]. Ya era algo haber llevado al canciller alemán a esa conclusión, pero no tanto como haber persuadido a los conservadores ingleses de su verdad. La Revolución francesa y la extensión de las relaciones capitalistas de mercado habían contribuido a hacer salir de las viejas comunidades del ghetto a los judíos de Europa occidental. El siglo XIX fue testimonio del florecimiento del talento judaico, libre para dedicarse a otras ocupaciones que no fuesen las bancarias o los textos sagrados. En la literatura y en las artes, en la ciencia y en la vida pública, los judíos alcanzaron posiciones de prestigio. Como se habían asegurado la emancipación gracias al apoyo de la nueva "sociedad abierta", en la cual las relaciones estaban reguladas por contratos más bien que por la condición social, los judíos tenían tendencia a orientarse hacia la izquierda: eran liberales, progresistas, y a veces revolucionarios. Sin embargo, como siempre se trataba de alguna manera, de personas cuya precaria inserción en la sociedad mostraba perspectivas de un porvenir incierto, alimentaron a menudo un vital interés por el conocimiento profundizado del carácter de los cambios políticos y sociales, que escapaba a sus contemporáneos.

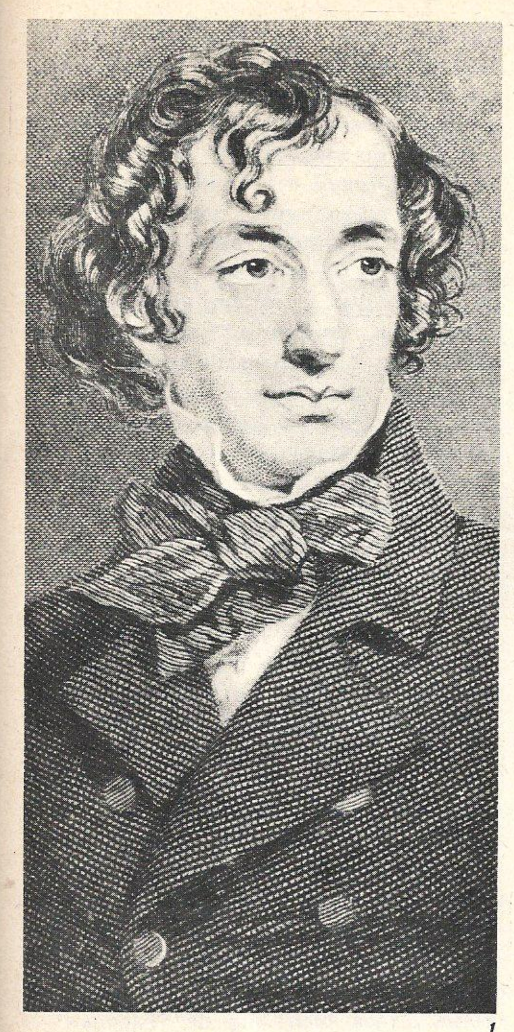
Es por lo tanto una paradoja de no escasa importancia el hecho de que Benjamín Disraeli, el político judío más famoso de su tiempo, haya sido también el gran protagonista de la contrarrevolución. Es extraño que haya aspirado a representar tal papel y más singular aún el que se le haya permitido desempeñarlo. De las dos facciones aristocráticas que se repartían oficialmente la vida política, fue el partido *tory* o conservador, más bien que el partido *whig* o liberal, el que se mostró más esforzado defensor de los intereses de los terratenientes y de la aristocracia. Este partido aborrecía a los *parvenus* y desconfiaba de las ideas. En el partido *tory* la cerrazón mental no sólo estaba a la orden del día sino que era obligatoria. Se pretendía que un hombre debía heredar, junto con las tierras, también las opiniones. Disraeli entró en la vida política sin tierras y sin opiniones, por lo menos declaradas. Gozaba de la reputación —no siempre útil en la política inglesa— de ser más inteligente que el promedio. Capaz de superar cualquier obstáculo, llegó a ser líder de los *tories*, y fue dos veces primer ministro de un gabinete conservador. Durante su desempeño no parece haber pensado en nada —según resulta de lo que hizo o simuló hacer (distinción que a menudo resulta difícil)— sino en la maravillosa carrera a la que supo promoverse a sí mismo.

Origen y formación: el judío

Si bien su carrera fue sin duda espléndida, sin embargo no hay que exagerar, ni disminuir, el aporte personal de Disraeli. No llegó por cierto de una condición miserable al pináculo de la vida política y social. Su padre Isaac gozaba de una modesta fortuna, suficiente sin embargo para permitirle vivir como un gentilhombre de campaña y dedicarse a un trabajo literario. Isaac, que era políticamente un *tory* moderado había escrito en su juventud un poema "contra el comercio corruptor del hombre", y era autor de un estudio en seis volúmenes titulado *The Curiosities of literature* (*Las curiosidades de la literatura*), que le procuró fama de narrador de anécdotas y de antologista. A través del padre, Benjamín se aseguró el ingreso en los círculos literarios, donde encontró escritores y editores. Esto constituía un notable respaldo para un joven que hacía poco había cumplido 20 años y quería iniciar su carrera como libelista y novelista. También su madre, María, provenía de una distinguida y próspera familia judía. Parece que Benjamín tuvo hacia ella escaso afecto, por otra parte igualmente retribuido. La madre, no obstante, le aportaba un linaje más antiguo y "aristocrático" que el de su padre. En efecto, su abuelo paterno era originario de Cento, situado en las cercanías de Ferrara, e Isaac era por lo tanto inglés de una sola generación. En cambio, gracias a la familia materna de los Basevi, Disraeli podía vanagloriarse de tener cuatro generaciones de antepasados ingleses.

El hecho de que Disraeli haya tenido, a través de Isaac, ascendientes italianos, sugirió la tesis de que su carácter se puede comprender mejor si se tiene en cuenta ese antecedente, más bien que el factor hebraico. Su más reciente biógrafo observa que "Disraeli era orgulloso, fatuo, ardiente, de espíritu vivaz, generoso, emotivo, colérico, extravagante, teatral, amante de la conspiración, de la intriga secreta... Su gran propósito... era ser alguien, llamar la atención, destacarse, 'far figura' [figurar], como se dice en italiano". Corresponde al lector decidir qué importancia debe adjudicarse a los argumentos sobre el carácter nacional en general y a esta interpretación del carácter "mediterráneo" en particular. Lo cierto es que Disraeli estaba profundamente consciente de su judaísmo, mientras que era escaso su interés respecto de Italia y de los italianos. Es verdad que el héroe de una de sus novelas más autobiográficas, *Contarini Fleming*, es veneciano a medias, pero éste es un elemento irrelevante frente a las muchas pruebas que existen en favor del juicio histórico más antiguo sobre Disraeli, que localizaba en su judaísmo el hecho más distintivo, el único útil para comprenderlo. Tal como en política interna prefería los viejos vocablos de "rangos", "órdenes" e "intereses" al nuevo lenguaje de "clase", así también decidió pensar en la historia y en la política mundial en términos de "razas" e "imperios", más bien que de "naciones" y "nacionalidades". Le gustaba manifestar que "la raza es todo". El valor que él atribuía a los principios monárquicos y aristocráticos se compadecía con esta opinión, porque unos y otros remontan a nociones de herencia y de "sangre". En su última novela, *Endimión*, que escribió después de haber sido dos veces primer ministro, hace hablar a uno de sus personajes, el embajador Sergio, sobre los caracteres peculiares de los eslavos, de los teutones, de los celtas y de los semitas. No habría raza más dotada que la judía en lo que respecta a capacidad de organización y auténtica tenacidad y el futuro le pertenecerá en gran parte. "¿Pero qué entendéis por raza latina? La lengua y la religión no hacen una raza; sólo una cosa hace la raza, y es la sangre". Disraeli estaba de acuerdo con su amigo Metternich en definir a Italia como una mera "expresión geográfica" que no tenía significado político fuera de la férvida imaginación de los conspiradores, miembros de las sociedades secretas, gente obsesionada por peligrosos principios que amenazaban subvertir todo el orden de Europa.

Era Jerusalén —no Roma, ciudad que nunca visitó— lo que impresionaba más que cualquier otro lugar del mundo la fantasía de Disraeli. Se encontraba entre los poquísimos persuadidos de que el cristianismo propiamente entendido no era sino un "ju-



1



2



3

daísmo perfeccionado". Deploraba el hecho de que millones de judíos debieran "seguir acordando una fe sólo parcial a su religión"; del mismo modo, deploraba que los cristianos mostrasen hostilidad respecto de los judíos. Jesús y sus discípulos, ¿no habían sido educados en la fe hebraica? "Si los judíos no hubiesen inducido a los romanos a crucificar a Nuestro Señor, ¿qué habría ocurrido con la expiación? . . . ¿Es delito lo que aseguró a todo el género humano una felicidad eterna?" Éstas y muchas otras consideraciones similares fueron repudiadas como iletradas, blasfemas o cínicas. Pero no hay duda de que Disraeli creyó sinceramente que era misión de los judíos descubrir las razones ocultas detrás de los prejuicios y las tradiciones de la Iglesia y del Estado católico, y presentar su defensa. Anticipándose a Walter Rathenau, el gran capitalista que llegó a ser secretario de Relaciones Exteriores de la República de Weimar, que intentó amalgamar el elemento hebraico con el prusiano en el imperio germánico, Disraeli trató de hacer aparecer el genio de su raza como una ayuda natural de las instituciones históricas de su país; pero, a diferencia de Rathenau, Disraeli no hizo nunca concesiones al antisemitismo. Ni siquiera el más resuelto de sus muchos detractores se atrevió a emparentarlo con aquella miserable y despreciable figura que es el judío antisemita. Más aún, en varias oportunidades sacrificó sus perspectivas políticas inmediatas con la esperanza de eliminar los obstáculos que en el campo de los derechos civiles demoraban aún la emancipación de los judíos ingleses.

De todos modos, si bien la raza constituyó un notable obstáculo en la vía de las ambiciones políticas de Disraeli, fue también fuente de orgullo para él. Aunque su padre no le proporcionó ninguna de las grandes ventajas económicas y sociales que promovieron de modo decisivo la carrera de otros primeros ministros, le ofreció sin embargo posibilidades de instrucción muy superiores a las de la mayor parte de los jóvenes ingleses. Fue por cierto un éxito brillante llegar adonde él llegó, pero no tiene sentido ubicar la meta más lejos de lo que estuvo en realidad. Así, si consideramos a Disraeli según la medida de un hombre que se hizo por sí mismo en una edad de hombres artífices de su propia fortuna, debemos sin embargo tener en cuenta la distancia que lo separa de aquéllos que más a menudo merecen tal definición.

La autarquía fue una de las ideas corrientes de la sociedad inglesa del siglo XIX (A. Briggs, *Victorian people*). En 1858, Samuel Smiles escribió un famoso libro sobre este tema, *Self-help* [*Bastarse a sí mismo*], cuya venta superó la de las novelas más populares, y que se tradujo al italiano, francés, holandés, alemán y japonés. Era opinión difundida que los principios elaborados por Smiles contenían el secreto del triunfo de Inglaterra y de la industria inglesa. Se enseñaba en él que la riqueza y la fama son el resultado de la aplicación y la diligencia, que la virtud y la felicidad sólo se consiguen por medio del trabajo paciente y la perseverancia frente a los obstáculos. Los héroes de Smiles eran no sólo frugales, emprendedores y activos, sino también hombres de carácter noble y de elevada rectitud moral.

No hay pruebas de que Disraeli haya leído el *Self-help*. Si lo hubiese hecho, lo habría seguramente definido como un libro hipócrita e impostor. Su admiración por el Oriente misterioso y exótico habría desaparecido si hubiese sabido que Smiles había sido traducido al árabe y que citas de aquel piadoso burgués adornaban las paredes del palacio del jedive. Disraeli se abrió camino en el mundo con escaso respeto por las virtudes que Smiles aplaudía y por la austeridad que éste recomendaba. Amaba la fama y adoraba el éxito. Quería ante todo penetrar en la así llamada "sociedad" y en los círculos dirigentes, pero los que él apreciaba no eran los apreciados por Smiles. No era el mundo de la gravedad y la seriedad, sino aquél alegre y espléndido, sofisticado y cortés, el que Disraeli se había decidido a conquistar. Si se piensa en Disraeli en función del apreciado principio victoriano de la autarquía, sólo es para recordar la ambigüedad de tal principio y cuán distintos son los senderos de la apreciación social. A los ojos de sus opositores, Disraeli no era tanto un hombre que se hizo por sí mismo, sino más bien un "judío aventurero", un hombre ansioso de conquistas.

Dandy y financista

Los primeros años de su carrera no se distinguen por la rectitud moral ni por la coherencia política. Si bien se observa, nunca fue un frívolo propiamente dicho, sino un *dandy*, un epicúreo, un libertino. En negocios y en amor dio pruebas de dudosa honestidad. En política, fue sucesivamente, según los tiempos y las circunstancias, un extremista, un *tory* y hasta un previsor *whig*. Apreció siempre muchísimo todo lo que es suntuoso, fastuoso y de ostentosa grandiosidad. Hasta los cuarenta años fue un *dandy*: las manos cargadas de anillos, el chaleco lleno de cadenillas de plata, los cabellos renegridos ordenados en bucles. (Durante toda su vida un rizo bien cuidado le adornó la frente y sólo en la edad madura le apuntó bajo el mentón un tímido esbozo de barba.) Cuenta que recorrió Regent Street con un "sobretodo color turquesa, un par de pantalones celestes, medias negras con rayas rosas. La gente, cuando él aparecía

le abría paso: "Era —notaba él mismo— como la separación de las aguas del Mar Rojo". Cuando partió para su gran viaje a los países mediterráneos en 1830-31, procuró arreglarse de manera igualmente vistosa. Cuando llegó a Malta, su aparición provocó una interrupción de todas las actividades. En su patria y en el exterior se dedicó a los placeres sensuales. Cuando se encontró por primera vez con William Ewart Gladstone, que llegaría a ser su mayor rival político, su atención se concentró durante la cena sobre el blanco cisne, relleno de trufas, más bien que en la conversación. De joven visitó Bruselas y la magnificencia de su catedral le resultó menos memorable que el delicado sabor de sus ostras y de su sublime pâté de rana. Durante toda la vida atribuyó enorme importancia a la buena mesa. Cuando supo en 1848 que el poeta y líder republicano Lamartine ofrecía a sus huéspedes dos platos solamente, "un mísero lenguado a la parrilla e, ¡indescriptible horror!, una inmensa porción de hígado de ternera", observó: "¡Qué pueril afectación de simplicidad republicana! ¡Cómo se puede esperar algo duradero por parte de individuos de esta clase!" En otra ocasión saludó la aparición del champán con estas palabras: "¡Gracias a Dios llega algo caliente!"

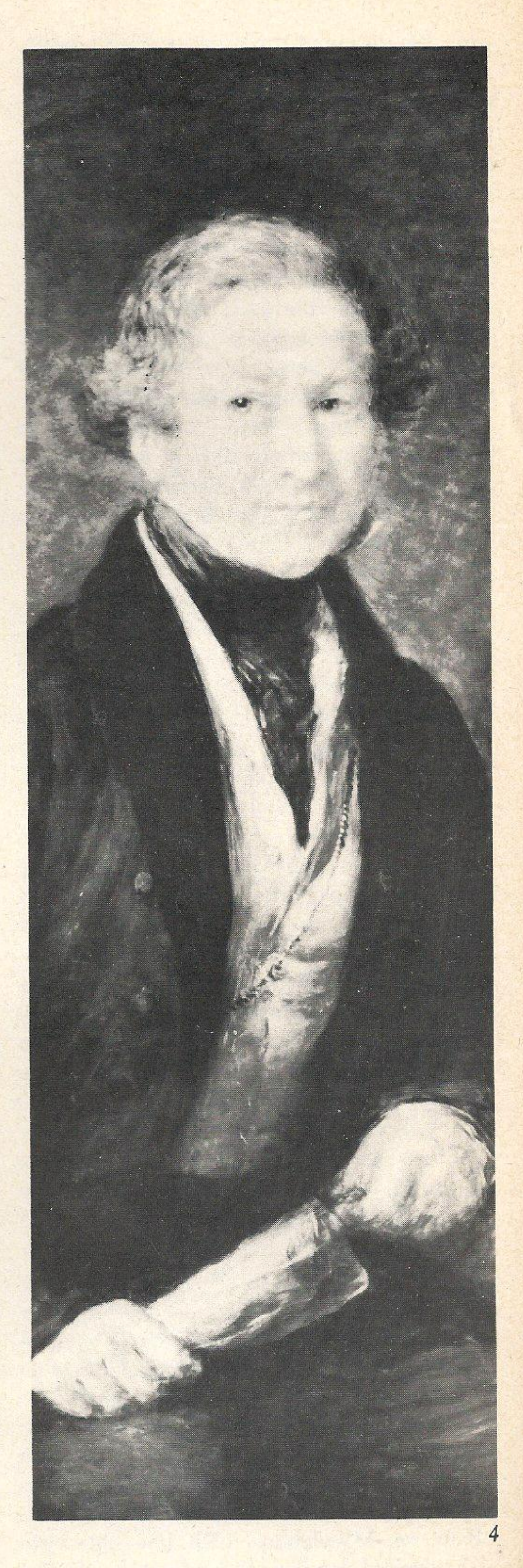
El gran viaje de 1830-31 le permitió "explorar las disipaciones del Oriente". Junto con sus compañeros partió en busca de aventuras de guerra y de amor, pero alcanzó su mayor éxito en las segundas. Habían esperado tomar parte en la lucha del sultán turco contra los súbditos albaneses rebeldes: no vieron ninguna acción de guerra pero obtuvieron una audiencia del gran visir. Benjamín recordará este encuentro señalando con su habitual y no mesurado sarcasmo, "el placer de haber sido tratados con mucha deferencia por un hombre que decapitaba diariamente a la mitad de la provincia".

En El Cairo, en cambio, conoció a un médico italiano, Paolo Emilio Botta, que demostró ser una autoridad en lo que se refiere a las relaciones sexuales entre los árabes. Se puede suponer con seguridad que éste fue un tema por el cual Disraeli alimentaba algo más que un interés puramente teórico. A su regreso a Londres, en los últimos meses de 1831, informó a los más libertinos de sus amigos que "Mercurio había sucedido a Venus". Pero este lamentable estado de cosas no debía durar mucho tiempo. En 1832 Clara Bolton, mujer de su médico, fue su amante. Clara pasó luego a sir Francis Sykes, pero en cambio Disraeli se transformó en amante de la mujer de sir Francis, Henrietta. Sus cartas, que él no tenía evidentemente el pudor de destruir, arrojan una luz interesante sobre el carácter de esta relación erótica. Dándole "mil y mil besos" ella le desea buenas noches: "Duerme y sueña con tu mamita".

Los enemigos de Disraeli afirmaban que una vez obtenidos los favores de Henrietta, la alentó para que se transformara en amante de lord Lyndhurst, un ex lord canciller *tory*, sacrificándola para promover su propia carrera política. Seguramente, Lyndhurst ayudó a Disraeli, y es también cierto que el noble lord era tanto un depravado como un hombre dotado de espíritu y de inteligencia. Una joven le había preguntado una vez si creía en el amor platónico, a lo que respondió: "Después, no antes". Sin embargo, nunca se aclaró bien si Henrietta fue realmente amante de Lyndhurst y, de todos modos, si llegó a serlo por instigación de Disraeli. Está fuera de duda que Disraeli hizo carrera cultivando a la gente de moda, cuyas normas de vida se diferenciaban no poco de las costumbres de la sociedad respetable. Era para él satisfacer un anhelado placer asegurarse el ingreso al salón de lady Blessington, segunda mujer del conde de Blessington y amante del célebre *dandy* Alfred conde de Orsay. Esta mujer era el foco de un gran escándalo, pues su amante se había casado con su hija menor. Era valiosa para Disraeli porque lograba atraer junto a sí a muchos de los hombres más destacados del ambiente literario y político. Desde hacía mucho tiempo Benjamín había abandonado la profesión legal que su padre le propuso como carrera, en busca de caminos más rápidos hacia la riqueza, la fama y el éxito. Antes de los treinta años hizo especulaciones, aunque infortunadas, en el Stock Exchange [bolsa de comercio], escribió libelos anónimos en favor de compañías mineras sudamericanas en las cuales tenía intereses pecuniarios y comenzó a componer novelas sobre la vida de sociedad que provocaron cierto escándalo. Una de éstas se titulaba *The Young Duke* (*El joven duque*). "¿Qué sabía Ben de duques?", se preguntó su padre. "Poco", habría sido en esa época la respuesta justa. Pero la frecuentación de lady Blessington y de sus amigos hacía prever que esa laguna se llenaría antes de que transcurriera mucho tiempo.

Progreso en la política

Casi inmediatamente después del retorno del viaje a Oriente, Disraeli hizo la primera de sus numerosas tentativas vanas para entrar a la Cámara de los Comunes. El país era presa del fermento casi revolucionario que precedió a la aprobación de la gran "Reform Act" [Ley de reforma electoral] de 1832. La alianza democrática entre los reformadores de la clase media y trabajadora constituía un ataque contra el monopolio político de la aristocracia. La aristocracia *whig*, bajo la con-



4

1. Disraeli hacia 1840

2, 3. El padre y la madre de Benjamín Disraeli.

4. Sir Robert Peel, de J. Linnell, 1835 Londres, National Portrait Gallery.

ducción de lord Grey y de lord Melbourne, se encargó de la cuestión en el Parlamento. Ellos pudieron evitar así una lucha abierta de clase y promover un estado de cosas en que su partido llevaba todas las de ganar y los *tories*, encabezados por el duque de Wellington y sir Robert Peel, todas las de perder. La "Reform Act" * impidió la revolución. Al vigorizar a una parte considerable de la clase media, descalabró la alianza democrática y aisló al proletariado. Permitió a los *whigs* que mantuvieran su supremacía política y contuvieran a aquel sector de la burguesía industrial, que pronto sería guiado por Richard Cobden y John Bright y representaría aquellas pretensiones que Antonio Gramsci habría identificado como propias de la clase "hegemónica".

Durante 1832 Disraeli intentó por dos veces, sin éxito, el apoyo de los electores de Wycombe. Se presentó como reformador revolucionario, pero escribía a su hermano: "Tiempos malditos son éstos. Veo muy negro para nuestras cosas, pero no perderemos nuestras propiedades sin combatir". Defendía públicamente la causa reformadora, pero en secreto se asoció a la publicación de un libelo anti-whig y profundamente contrarrevolucionario promovido por un reaccionario, un ex ministro legitimista francés, y por el barón de Haber, financista equívoco. Mientras estaba todavía en curso el primer turno de las elecciones, intentó, según parece, acercamientos con los dirigentes del partido *whig* para que lo admitieran en sus filas.

En la época del segundo fracaso en Wycombe, Disraeli preparó un manifiesto preelectoral dirigido a los electores del condado de Buckingham. Aunque hubiese sostenido anteriormente el escrutinio secreto y el mejoramiento de las condiciones de vida de los "órdenes más humildes", descubría ahora la necesidad de combatir "aquel espíritu de temeraria y experimental legislación que precipitará pronto a este Imperio, antes glorioso, en la agonía de una convulsión civil". Sin embargo, se retiró de la lista antes del día de la votación. Algunos meses más tarde se presentó como candidato en Marylebone. En una entrevista imaginaria, donde se le preguntaba de qué lado estaba él, respondía: "Conmigo mismo". Relataba esta ocurrencia sin una sombra de remordimiento, pero trataba de rehabilitarse con la publicación de un panfleto políticamente autobiográfico titulado *What is he?* (*¿Qué es éste?*), en el cual aparecía como sostenedor de un partido verdaderamente "nacional", que reuniría a los revolucionarios y a los *tories* contra aquella contradicción en los términos, o sea la aristocracia democrática, representada por los *whigs*. El argumento era más plausible de lo que podía parecer, porque entre los revolucionarios ingleses había un importante elemento aristocrático que se remontaba a la tradición de un mundo de primordial justicia sajona ya perdido, un mundo que había sido destruido por Guillermo el Bastardo y sus normandos aun antes de que la industria moderna llegase a completar su ruina. En las terceras elecciones de Wycombe, en 1834, Disraeli seguía solicitando una banca al líder revolucionario lord Durham. Pero en el año siguiente su camaradería con Lyndhurst había madurado hasta el punto de permitirle unirse a los conservadores. Después de otro fracaso en Taunton, en 1835, Disraeli fue elegido, dos años más tarde, segundo miembro *tory* en Maidstone.

Es mejor dejar a sus hagiógrafos la piadosa tarea de establecer la coherencia política de Disraeli en sus primeros años. Si "no fue nunca un *whig*", ello se debe a su mala suerte antes de que realizase su elección. Sus principios estaban "en suspenso" y el indicio más seguro de sus móviles se debe rastrear en el llamado que hizo a los electores de Shrewsbury, redactado alrededor de diez años después. Les dijo cándidamente: "Amo la fama. Amo la reputación pública, me place vivir ante la vista de mi país; y luchar para obtenerlo es cosa gloriosa para un hombre que ha tenido las dificultades que yo tuve".

Los discursos de los debutantes (los así llamados *maiden speeches*) raramente son dignos de recuerdo. El de Disraeli lo fue, pero no en el sentido del triunfo previsto por él. Fue más bien un desastre raramente igualado en toda la historia de la Cámara de los Comunes. Fue acogido con un gran alboroto y una tempestad de carcajadas. La Cámara es por lo común cortés e indulgente con los recién elegidos, pero antes de entonces no había puesto nunca los ojos sobre un "intelectual de un aspecto tan exquisito", un pavo real tan grandilocuente, y no se pudo contener. A través de esta prueba Disraeli mostró una de las cualidades que debían contribuir a su éxito final, el coraje. Al final, su voz superó el clamor y pudo lanzar su grito de desafío: "¡Ahora me voy a sentar, pero ya llegará el tiempo en que me escucharéis!" Este tiempo no se hizo esperar demasiado. En marzo de 1838 pronunció un discurso en favor de las leyes sobre los cereales y obtuvo notable éxito. Con estas leyes la agricultura inglesa era protegida de la competencia extranjera. Disraeli anotará: "En el corredor todos los diputados vinieron a estrecharme la mano y a agradecerme por el servicio prestado. Estaban reconocidos y no hubieran podido estarlo más, sin duda porque por su parte no tenían nada que decir." Conocía, a diferencia de los otros diputados, el arte de dar a la defensa de la propiedad terrateniente los atributos de una novela, de establecer en la mente de los hombres una asociación entre intereses aristocráticos y simpatías populares, de reforzar al débil conservadorismo adecuándolo a una ponderada e irrefutable filosofía de la reacción. Al aumentar su reputación de parlamentario, también sus asuntos domésticos tomaron un aspecto mejor. En 1838 murió el miembro más antiguo de Maidstone, Wyngham Lewis, y al año siguiente Disraeli se casó con su viuda. Mary Anne tenía diez años más que su nuevo marido y era opinión difundida que éste la había desposado por dinero. En efecto, Disraeli no ocultaba que había pensado en ello: "Cuando os hice por primera vez mi propuesta no estaba influido por sentimientos románticos." El matrimonio no le permitió poner un rápido fin a sus dificultades financieras, aparentemente interminables, pero sí contraer una deuda de 13.000 libras esterlinas. Sería sin embargo erróneo suponer que sus motivos hayan sido eminentemente mercenarios. Su mujer era excesivamente locuaz y a menudo chabacana desde el punto de vista social, pero tenía un cierto atractivo, y él le demostró siempre gran lealtad y afecto. Hay que tener presente que Disraeli prefería la compañía de mujeres mayores que él. "Dime —le rogaba— que quieres a tu nene."

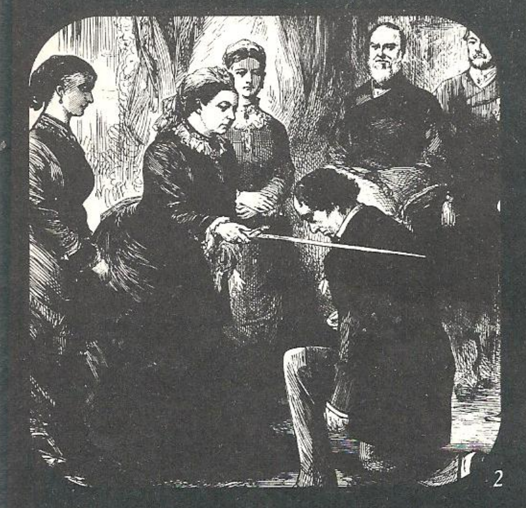
Robert Peel

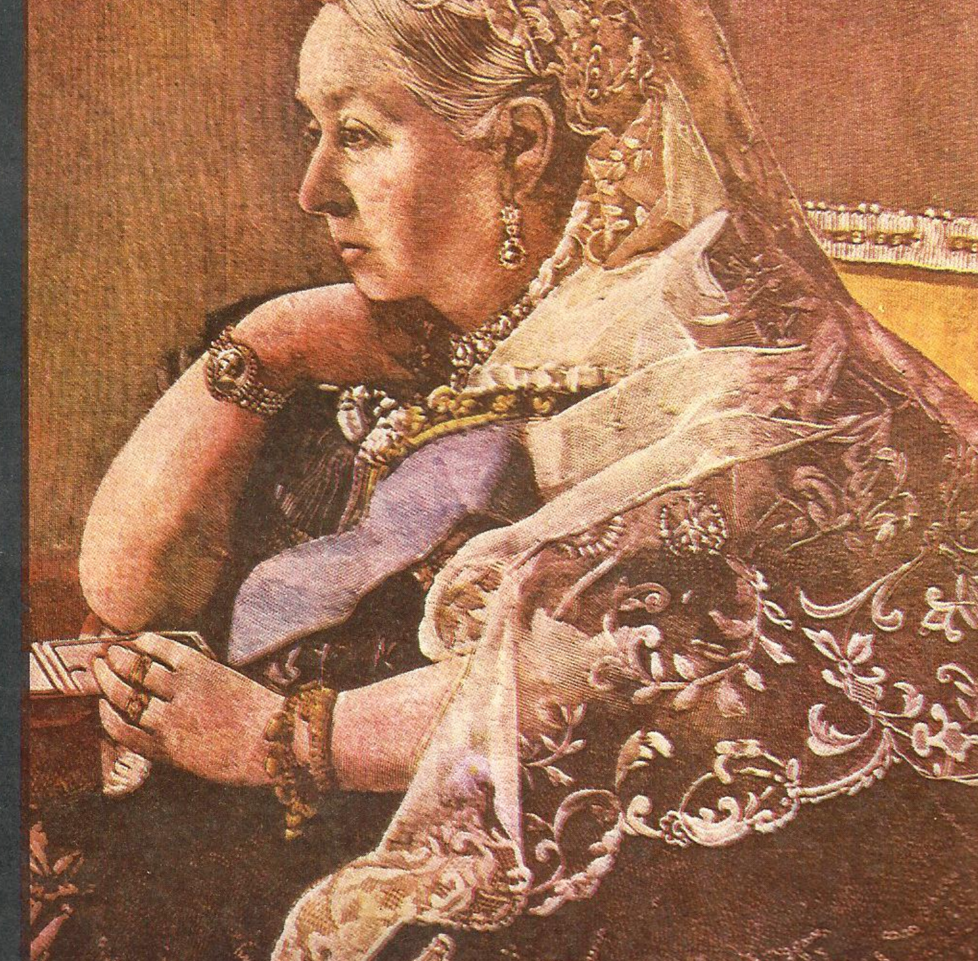
En el año 1841 sir Robert Peel volvió al poder, y ello significó el fin de la supremacía *whig* que se había afirmado casi ininterrumpidamente durante diez años. Disraeli esperaba obtener un cargo y como no le llegó ninguna propuesta escribió a Peel una carta solicitándolo. Mary Anne se dirigió al primer ministro por cuenta de su marido. Nada que hacer. Fue puesto de lado no sin que le hubiese sido infligida una amarga humillación. Desde ese momento, propósitos de venganza vinieron a reforzar todas aquellas disparidades personales y políticas que ya habían contribuido a cavar un abismo entre los dos hombres.

Peel era frío y distante en las relaciones personales, desconfiaba de las ideas nuevas, carecía de imaginación y confiaba en su larga experiencia de político, duramente adquirida. Disraeli sostenía que "si un hombre tiene imaginación, la experiencia le sirve de poco". La política debe tener en vista las ideas. Célebre hombre de negocios, dotado de un agudo sentido práctico, Peel se interesaba directa y personalmente en la administración de casi todas las dependencias gubernativas. Disraeli carecía de la energía y del ojo necesarios para los mínimos detalles, que distinguen

* Reforma electoral que aumentó el número de electores de 435.000 a 800.000; permitió la representación de los nuevos sectores industriales.







1. La reina Victoria inaugura la Exposición Universal de 1851. De "Illustrated London News".

*2. Disraeli es condecorado con la **Orden** de la Jarretera por la reina **Victoria** en 1878. De "Illustrated London News".*

3. La reina Victoria

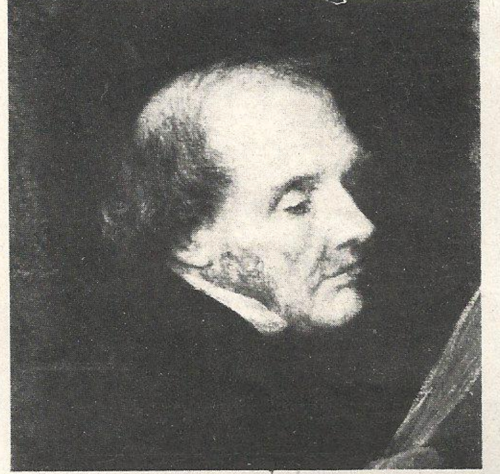
1

1. La oposición en los Comunes, en 1847, según un dibujo de J. Doyle.

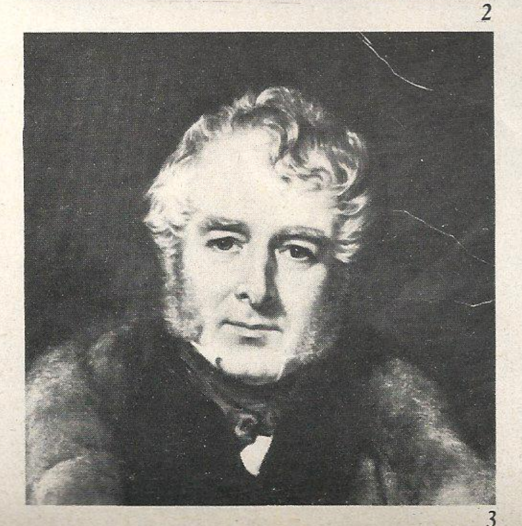
2. Lord John Russell. Londres, National Portrait Gallery.

3. Lord Melbourne. Londres, National Portrait Gallery.

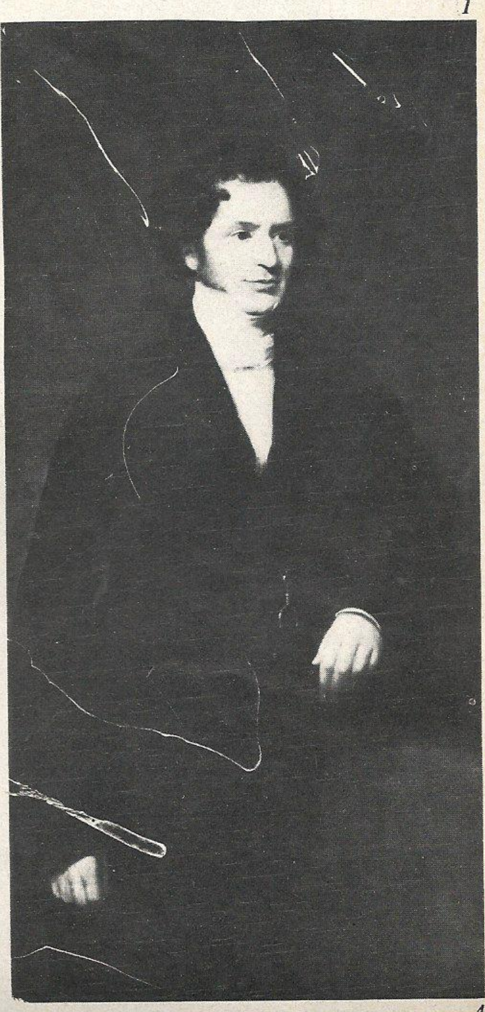
4. Earl of Derby. Londres, National Portrait Gallery.



2



3



4

a los mejores administradores. El "hombre práctico" era para él "el que disfruta de los errores de sus predecesores".
Aunque le resultasen sospechosas las ideas nuevas, Peel no carecía de amplitud de miras y se dejaba persuadir fácilmente siempre que se le diera tiempo para valorar con atención los argumentos que se le proponían. La inteligencia de Disraeli era intuitiva. Para él el hombre era "un ser nacido para creer". La carrera de paciente y tenaz autodidacta realizada por Peel, había hecho que resultara a los ojos de su adversario un "saqueador de la inteligencia de los demás". "No hay hombre de estado que haya realizado en escala tan grande hurtos tan mezquinos."
Peel tendía a realizar lo que hoy en día se llamaría una "política de consensos", que Disraeli definía como "deslealtad política". Según él, desde fines del siglo XVII Inglaterra tuvo una "Constitución veneciana" bajo la cual los poderes naturalmente pertenecientes a la Corona y a la Iglesia perdieron la prioridad a causa de una conspiración de magníficos *whigs*. Con Peel, el partido conservador, que habría debido ser un instrumento de opinión verdaderamente "nacional", "popular" y "constitucional", descendió a compromisos con sus adversarios. Disraeli, en una de sus novelas escrita en torno al año 1840, describe así un intercambio de puntos de vista entre dos sujetos arribistas: "¡Silencio! —dijo Mr. Tadpole—, ha terminado el tiempo de los gobiernos *tories*; el país necesita un sano gobierno conservador." "Un sano gobierno conservador —replicó Taper pensativo—; comprendo: hombres *tories* y medidas *whigs*." Peel era hijo de un rico propietario de una manufactura de algodón, hablaba con un dejo de acento de Lancashire y lo irritaba un poco el tono de condescendencia de los aristócratas. Despreciaba, sin ocultarlo mucho, a la mayor parte de las personas que se sentaban junto a él en el Parlamento. ¿Cómo se podía esperar que adoptase sus puntos de vista, desde el momento que ellos no tenían manera de entablar una relación de familiaridad con él o, aunque la tuvieran, no poseían bastante agudeza para aprovecharla? Desdeñaba vincularse con quienes, según decía, pasaban el tiempo "comiendo y bebiendo, cazando y disparando la escopeta, jugando, asistiendo a las carreras de caballos y otras actividades parecidas..."
Disraeli, cuyo ideal era "una magnánima aristocracia reunida en torno al trono real", afirmaba que los "verdaderos guías del pueblo son los *gentlemen* de Inglaterra". Su opinión acerca de la capacidad intelectual de estos *gentlemen*, de estos *Tory Squires*, no era quizá distinta de la que tenía Peel, pero esto no lo perturbaba, puesto que él mismo estaba en condiciones de proporcionar todo lo que hiciera falta en este sentido. Lo que importaba era que fuesen *gentlemen*. A diferencia de los hombres de negocios, aceptaban, o era posible inducirlos a aceptar, las obligaciones hacia los pobres y hacia las instituciones del país; en cambio, se hacía necesario que su posición social y su influencia política fuesen respetadas y mantenidas.
Descuidando las tareas de sus intereses, Disraeli se dedicó a la causa que llegó a ser conocida con el nombre de "Joven Inglaterra": aunque ya no fuese joven, era siempre devoto de la juventud. Llegó a ser el líder, el consejero y el amigo de numerosos jóvenes parlamentarios *tories*, de noble nacimiento, como por ejemplo George Smythe y lord John Manners, que habían estudiado en Eton y Cambridge. Si bien Smythe y Manners abrigaban en ocasiones dudas sobre la sinceridad de "Dizzy", se sentían sin embargo conquistados por sus ideas, que despertaban en ellos un profundo y a veces absurdo idealismo. Soñaban con una alianza entre la aristocracia y el pueblo, contra los magníficos *whigs* y la burguesía industrial.

Cartismo y nobleza

Desde los primeros tiempos de su carrera parlamentaria Disraeli había manifestado simpatía hacia los cartistas, si no hacia el cartismo. Éste era el primer movimiento político de masa independiente que realizaba la clase trabajadora moderna. Su programa, que comprendía el sufragio universal y el voto secreto, se comprende en función del acuerdo de 1832, que había vigorizado tan notablemente a las clases medias pero no había tenido en absoluto en cuenta al proletariado. La Carta fue redactada por los representantes de los artesanos especializados, pero sus sostenedores más rumorosos y turbulentos eran los tejedores manuales empobrecidos u otros operarios que trabajaban por su cuenta, así como los obreros de las manufacturas de las grandes ciudades del norte. Para todos aquéllos la Carta se transformó en el símbolo que los liberaba de la desocupación, del cuerpo de leyes sobre la asistencia a los pobres, de las intolerables horas de trabajo, de la competencia provocada por el trabajo de mujeres y niños, de los míseros salarios y de la disciplina impuesta sin piedad por la máquina y el capataz. Disraeli comprendió que el cartismo hundía sus raíces en la *"New Poor Law"* (Nueva ley sobre la pobreza) de 1834, el primer fruto de la reforma parlamentaria. Las tradiciones del viejo sistema del subsidio parroquial, que se remontaba a Isabel I, habían sido abolidas en favor de un nuevo sistema centralizado que se basaba en el principio de que las condiciones de los pobres desocupados debían ser de todos modos "menos apetecibles" que las de aquellos que tenían un empleo, y también que el subsidio sólo debía acordarse a quienes entraban en "casas de trabajo" especiales, las bastillas, como las llamaba el pueblo. Disraeli ignoraba las muy serias objeciones que se podían formular contra el sistema de tratamiento de los pobres anterior a 1834, pero no se equivocaba al afirmar que la *"New poor law* anuncia al mundo que la pobreza es un crimen". Ni erraba al vincular la *New poor law* con un "espíritu rapaz y ávido", camuflado detrás de las máximas de Jeremías Bentham y de la nueva ciencia de la economía política. Pero advirtió en vano a la Cámara de los Comunes que aquellas medidas irrisorias y doctrinarias tendrían como único resultado movilizar a los pobres contra la propiedad y el orden: "que el palacio no es seguro cuando la cabaña no está satisfecha". Sólo una docena de parlamentarios lo acompañaron en el "corredor" de la Cámara, a solicitar la anulación de la ley de 1834.
Mientras los cartistas buscaban un remedio en la ampliación de los límites impuestos al electorado en 1832, Disraeli miraba con nostalgia los tiempos precedentes a la reforma del Parlamento, durante los cuales, según él imaginaba, la supremacía de los intereses terratenientes era indiscutida, la Cámara de los Lores tenía un poder igual a la de los Comunes, las prerrogativas reales eran algo más que un "aleteante fantasma". Por consiguiente, votó contra las mociones cartistas en los Comunes, protestando sin embargo contra el duro tratamiento de su líder. El cartismo reivindicaba calurosamente la presencia de un proletariado orgulloso e independiente en la vida política inglesa, pero justamente esto constituía, a los ojos de Disraeli, una cosa inútil y peligrosa: "En un país aristocrático como Inglaterra, hasta la traición, para lograr éxito, debe ser patricia." En la Cámara de los Comunes, entre los gritos de burla de los revolucionarios y de los *whigs*, afirmaba: "Sí, lo repito, la aristocracia es la guía natural del pueblo, porque la aristocracia y la masa trabajadora forman la nación."

Las dos naciones

En realidad, no había una sola nación, sino dos. Éste es el motivo central de la más famosa novela de Disraeli, *Sybil*, una obra que pertenece al período de su adhesión a la "Joven Inglaterra". En ella hacía observar a su héroe, el joven aristócrata Egremont, que la sociedad está quizás en su estadio infantil, pero que la Reina gobierna sobre la más grande nación que haya existido. "¿Qué nación —pregunta un joven cartista—, ya que ella gobierna dos? Dos naciones entre las cuales no hay comunicación ni simpatía; que ignoran recíprocamente sus costumbres, pensamientos y sentimientos, como si habitaran zonas diversas o planetas diferentes; que están for-

madas en una educación y nutridas por alimentos diversos, ordenadas de distinta manera y no gobernadas por las mismas leyes." "Queréis decir —contesta Egremont dubitativo—, los ricos y los pobres."
Sybil era el primer experimento de un género nuevo: la novela industrial. Junto con sus colegas de la "Joven Inglaterra", Disraeli había visitado Manchester y el norte. Las impresiones que sacó de la visita, junto con el material saqueado al Segundo Informe de la *Children's Employment Commission* [Comisión del Trabajo Infantil] de 1842, dieron materia a las páginas de su novela. Todo contribuía a mostrar cómo "después de la aprobación de la *Reform Act*, el altar de Mammón resplandecía con su triple culto: ganar, acumular, depredarse uno al otro en virtud de máximas filosóficas; proponer una utopía consistente únicamente en *riqueza* y *fatiga*, ésta fue la suspirada meta de la libre Inglaterra en los últimos doce años, hasta que el gemido de la intolerable servidumbre vino a alarmar nuestra voraz discordia". *Sybil* se habría asegurado su lugar en la literatura inglesa, aunque no hubiera sido escrita por un futuro ministro. No se puede decir otro tanto de las demás producciones literarias de la "Joven Inglaterra", aunque John Manners se haya hecho inmortal escribiendo un dístico de memorable fatuidad:
¡Mueran el dinero, el comercio y la ley! pero dejadnos nuestra antigua nobleza.
La "Joven Inglaterra" era una causa perdida: apelaba a la fe en una época de creciente escepticismo, formulaba una teoría de la historia en la cual la reforma y las revoluciones inglesa, francesa y norteamericana aparecían como trágicas calamidades y sobre la base de lo cual "los movimientos políticos actuales, que parecen tender superficialmente a la democracia, pueden asumir un sesgo monárquico"; privada de cualquier articulación con la economía y con el desarrollo económico, tenía un carácter incorregiblemente feudal. Hacía a menudo referencia en su crítica a la nueva sociedad, pero, en sus simpatías hacia los desheredados, era mayor la solicitud que mostraba por los sufrimientos de las víctimas de la opresión capitalista que por quienes eran objeto del control de la aristocracia terrateniente. Así, Disraeli estaba dispuesto a votar una resolución que limitase las horas de trabajo de los operarios de las fábricas, pero cuando se trataba de no desagradar a lord Londonberry con un proyecto de ley para la inspección de las minas, no demoraba en hablar y votar en contra de ese proyecto.

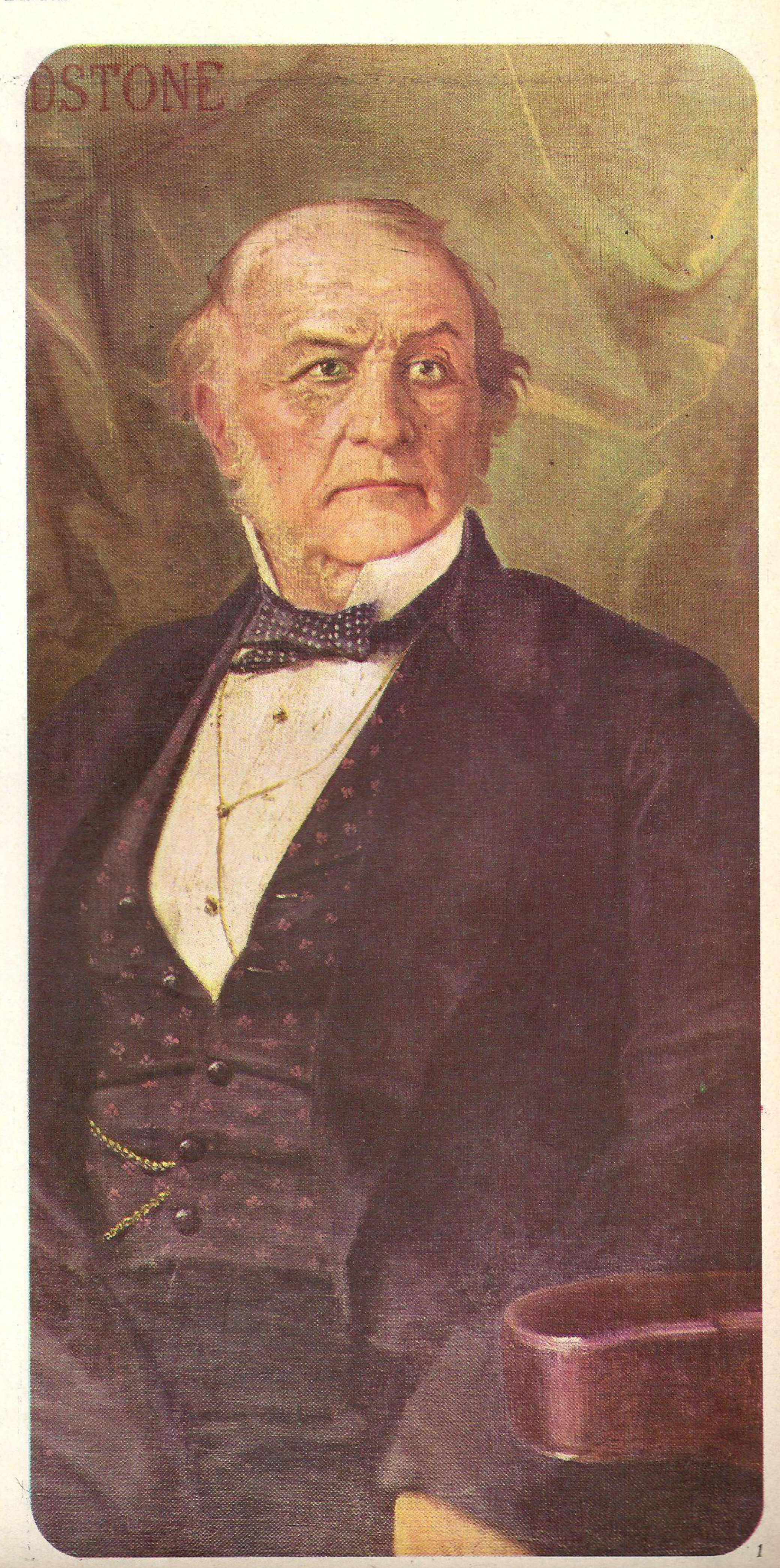
Marx y Engels comprendieron los límites de la "Joven Inglaterra" cuando la caracterizaron, en el *Manifiesto del partido comunista*, como un tipo de "socialismo feudal": "Mitad lamentación, mitad libelo; mitad eco del pasado, mitad amenaza del futuro. A veces hiere en el corazón a la burguesía con un juicio amargo y espiritualmente sarcástico, pero produce siempre un efecto cómico por su total incapacidad para comprender el curso de la historia moderna."
La "Joven Inglaterra" ya se había desintegrado antes de que Peel, quien había meditado largamente la anulación de las leyes sobre los cereales, decidiese utilizar como pretexto la escasez de papas en Irlanda. Era un pretexto propiamente dicho, porque los irlandeses vivían de papas y no se hubieran podido permitir el lujo del pan, aunque el trigo hubiese entrado gratis a su país. Disraeli aprovechó la ocasión para alzarse como portavoz del proteccionismo, de los intereses terratenientes y del conservadorismo tradicional. Reseñó los lugares comunes contra la abrogación: ésta impediría a Inglaterra el autoabastecimiento alimenticio en tiempo de guerra; favorecería no a los trabajadores pobres sino a los industriales, que reducirían los salarios como consecuencia de la disminución del costo de la vida; arruinaría los intereses terratenientes de los cuales dependían todas las esperanzas de regeneración del país. A estos tradicionales argumentos, Disraeli podía agregar uno nuevo, eficaz y de fácil aceptación: Peel no había mantenido compromisos electorales. Desde hacía muchos años Disraeli aludía a la falta de principios de Peel e insinuaba que el líder conservador era culpable de "deslealtad en los compromisos políticos". Estas sospechas se confirmaban ahora: ¿qué derecho tenía Peel de realizar justamente aquella política si había sido elegido como adversario de ella? Si los que eran elegidos para hacer una cosa cambiaban de bandera y hacían exactamente lo contrario, éste era el fin del gobierno de partidos y, junto con él, del gobierno parlamentario. Disraeli se vengaba de Peel de manera brillante y despiadada. Los *tories* lo apoyaron votando contra su líder nominal en una proporción de dos a uno. Si bien esto no bastaba para impedir la anulación de las leyes sobre los cereales, era sin embargo suficiente para que Peel fuera privado inmediatamente de su cargo. Todos, excepto algunos de los más hábiles conservadores, abandonaron el partido junto con Peel. Disraeli llegó en los Comunes a una posición de efectivo liderazgo de los *tories*, aunque por un breve período aceptó las imposiciones de su decidido amigo, lord George Bentinck, gran aficionado a los caballos.

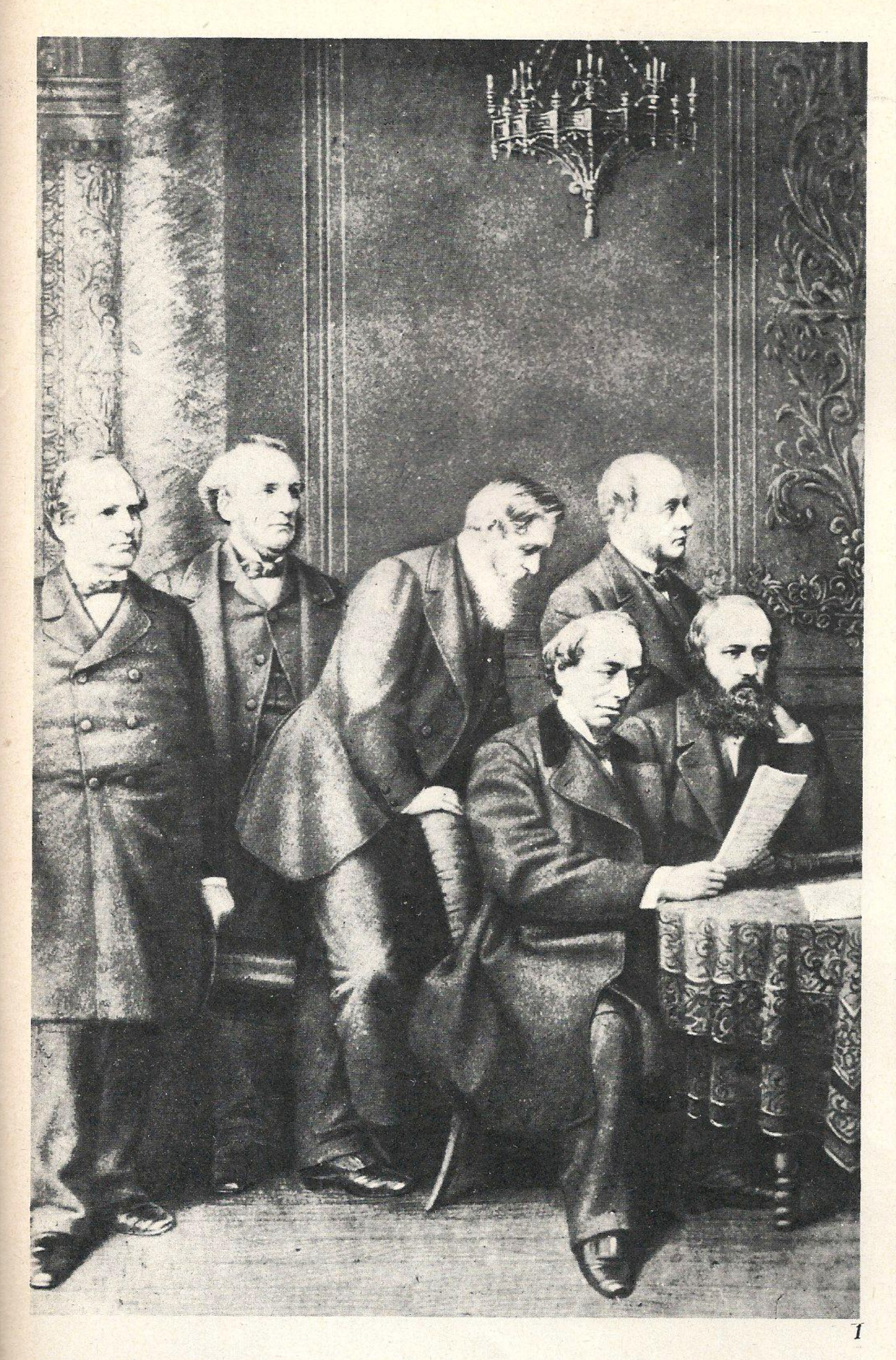
Hay sólo un dios en la política parlamentaria: Jano. Los programas con los cuales los políticos alcanzan posiciones de preeminencia son raramente los mismos con los que mantienen su liderazgo o con los que escalan los vértices del poder. Disraeli se presentó como el azote de Peel y el héroe de los proteccionistas, pero no había aún alcanzado la banca de enfrente, cuando ya se preparaba a desempeñar el papel de renegado y a echar por la borda el proteccionismo. Gracias a la ayuda de Bentinck adquirió, en 1848, Hughenden, una propiedad espléndida y relativamente modesta, ubicada en Buckingham. Si debía guiar a la clase de los propietarios *tories*, debía vivir según un estilo que estuviera en consonancia con tal posición. Al año siguiente, lord Derby, que se había revelado como el jefe indiscutible de los *tories*, le ofreció el efectivo liderazgo del partido en la Cámara de los Comunes. Ofrecimiento dramático pero inevitable. Como observó el duque de Argyll, él era "la única pieza de aquel ajedrez político que estaba por encima del nivel de un peón". Respondiendo a Derby, Disraeli afirmó que "la tarea de líder del partido conservador en la Cámara de los Comunes consiste hoy en sostener la estructura aristocrática del país, y ésta es la única cuestión en juego, por múltiples que sean las formas que asume en la discusión pública . . ." Sin embargo, pese a haberse asegurado tales ventajas y declarado en favor de este principio, Disraeli propuso rechazar el programa proteccionista. Esto debía ponerlo pronto en desacuerdo con el líder de su partido, porque ¿qué ocurriría con la identidad y la integridad de ese partido, si abandonaba el principio que lo había coaligado contra Peel, el architraidor? Disraeli no tenía interés en encabezar una rebelión contra Derby, y mostró mucha lealtad respecto de él. Pero como se había reservado un alto cargo, sus ambiciones se dirigían a promover la posición del partido. Comprendía que la fortuna de éste no podía rehacerse mientras no abandonara la posición inflexiblemente proteccionista. Y era sincero cuando hablaba de "sostener la estructura aristocrática". Era siempre el protagonista de la contrarrevolución, deseaba que ésta se volviese algo menos que un fantasma y algo más que una política. Le interesaba menos volver a un estado precedente de cosas que movilizar la resistencia frente a ulteriores cambios.

Contra los valores del 48

Disraeli se sintió profundamente impresionado por las revoluciones de 1848. En Londres encontró reyes depuestos y ministros exilados. Tuvo una entrevista particularmente dramática con Luis Felipe, que sufrió una crisis de nervios al rememorar las circunstancias de su derrocamiento. Con "respetuosa ternura" Disraeli tomó la mano de Su Majestad para oprimirla contra sus labios. "Admiró la serena inteligencia de Metternich." Juntos conversaron de política y Disraeli era presa de un negro

pesimismo. Si Europa no sucumbía al socialismo parisiense caería bajo los golpes del militarismo, probablemente del ruso. Una "ley irresistible" condenaba a Europa "a la alternada preponderancia de los ejércitos disciplinados o de las sociedades secretas"; o el cuartel o la conspiración.
Disraeli veía en el partido *tory al* único instrumento capaz de obstaculizar el curso de los acontecimientos en el interior y el exterior. Mientras éste fuera impotente, Palmerston y los *whigs* disminuirían la inmensa influencia de Inglaterra: bajo la máscara de *slogans* sentimentales que apelalaban a la "nacionalidad", al "progreso" y a las "instituciones liberales", éstos se hacían pasar por "maestros de política en el país donde nació Maquiavelo", y en general aportaban ayuda y apoyo a cualquier conspiración jacobina que se propusiera voltear gobiernos legalmente constituidos. Estas malhadadas orientaciones que se seguían en política exterior, procedían de la determinación de destruir "la estructura aristocrática" y todos los elementos de sostén del gobierno de la patria. "Una vez aniquilada la aristocracia inglesa y estabecido como omnipotente en esta isla el principio comercial, no habrá ninguna fuerza capaz de rechazar e impedir a los eslavos (*sic*) la conquista de todo el mediodía de Europa."
De todos modos, aunque esto pudiese parecer paradojal, el "principio comercial" con el cual Disraeli quería significar el cosmopolitismo del libre cambio, ya no podía ser atacado desde el punto de vista proteccionista. Intentarlo habría sido condenar al partido *tory* a una perpetua oposición, a disminuir la seguridad de la propiedad rural pretendiendo separar sus intereses de la propiedad general. Era necesario mostrar a los ambientes rurales que ya no debían enfurecerse contra "el sistema financiero del país". Si se escuchaba esta lección, podía esperarse que la burguesía respetara las legítimas pretensiones de la tierra y reconociera que, gravando con injustos impuestos a los terratenientes, preparaba un destino idéntico para los capitalistas. Al oponer el principio "aristocrático" al "comercial", Disraeli se proponía abrir la aristocracia a la burguesía, más bien que dirigir contra esta última fuerzas restringidas. No apelaba abiertamente al orden tradicional contra una clase en ascenso, sino que enfrentaba valores y tradiciones. "Se dice que es contrario al espíritu de los tiempos que una gran nación como Inglaterra, una comunidad de millones de personas ilustradas y acostumbradas desde largo tiempo atrás a las libertades públicas, deba ser gobernada por una aristocracia. No es cierto que Inglaterra sea gobernada por una aristocracia en el sentido común de la palabra. Inglaterra es gobernada por un principio aris





1. *El ministerio Disraeli en abril de 1878*

En la página precedente:

1. *Gladstone.*

tocrático. La aristocracia inglesa absorbe a todas las aristocracias y acoge a cualquier hombre de cualquier orden y clase que se someta al principio de nuestra sociedad, que es el de aspirar a la excelencia." Ésta era una definición persuasiva que debía lograr algún eco en orientar favorablemente hacia la aristocracia a las clases medias comerciales e industriales. Pero no era tarea fácil convencer a los *tories* de que la supremacía del noble y del sacerdote en el gobierno local sólo podía mantenerse contra la amenaza de centralización y las tendencias niveladoras de la época, a costa de algún compromiso que hiciese menos rígido su orden. Era mucho más probable que fuera el propietario rural *tory*, más bien que el *whig*, el que tuviese intereses rurales fundados exclusivamente sobre la agricultura; por consiguiente, era mucho más difícil para él renunciar al sueño de restablecer la vigencia de las leyes sobre los cereales. La mayor parte de los señores *tories*, a diferencia de los magníficos *whigs*, sabían poco de Londres y del mundo que estaba más allá de los estrechos límites de sus dominios rurales. Desde cerca de 1830 no había ocurrido ninguna sublevación rural ni se había producido en las campañas ningún desorden popular de vastas proporciones. El gentilhombre inglés estaba por lo tanto inclinado a considerar las habladurías sobre los cartistas y las ligas contra la ley de granos ("Anticorn law leagues") como el extravagante resultado de las empresas de algunos demagogos o fanáticos insensatos.

Disraeli tuvo éxito en la tarea de reeducación gradual de su partido. En los primeros años posteriores a 1850, la mayor parte de los líderes *tories*, así como algunos de sus sostenedores, llegaron a aceptar el hecho de que "el proteccionismo no sólo estaba muerto sino condenado". Si bien no repudiaban formalmente su fidelidad a éste, procuraban sin embargo que no resultara demasiado visible. Ésta era una condición necesaria, pero no suficiente, para que su partido pudiese retornar al poder. El obstáculo que Disraeli debió enfrentar entre los años 1846 y 1867 fue el de asegurarse una mayoría neta y perfectamente manejable en la Cámara de los Comunes. No lo logró nunca, como por lo demás ningún líder de otro partido, con la notable excepción de Palmerston. Los *tories* constituían generalmente el grupo más vasto en los Comunes, pero los partidarios de Peel, entre los cuales estaba Gladstone y otros hábiles políticos, representaban un elemento de constante inestabilidad gubernativa. No podían ni alinearse fácilmente del lado de las fuerzas *whigs*, ni volver rápidamente al redil de los *tories*. Además, de los otros grupos políticos, los revolucionarios eran un conjunto heterogéneo y los liberales no constituían todavía un gru-

po bien definido. Los *whigs*, aunque en general se las ingeniaran para mantener sus cargos, estaban divididos por antagonismos de facción y rivalidades personales. Los irlandeses formaban un grupo relativamente coherente, pero por lo general les resultaba más agradable derribar los gobiernos que sostenerlos. Fue ésta una época en la cual los ingleses tuvieron aquello de lo que les gusta tanto jactarse: un gobierno parlamentario. La vida política era mucho más parecida a la de la tercera República francesa que a lo que se produjo a continuación en la historia británica. La Cámara de los Comunes hacía y deshacía los gobiernos. El Consejo de ministros no iba en realidad mucho más allá de la definición de Walter Bagehot: un Comité de la Legislatura. Lejos de controlar a los Comunes, este Consejo estaba sometido al control de las mayorías que, como dijo Disraeli, "se reunían Dios sabe cómo, y votaban Dios sabe por quiénes". Mientras los gobiernos sufrían frecuentes derrotas sin que ello los indujera a renunciar, los ministerios se hacían y deshacían sin que tal cosa acarrease la disolución. Entre 1850 y 1865 el gobierno fue batido a un promedio de diez veces por sesión, y en muchos casos la mayoría de sus más abiertos partidarios votó contra él.

Disraeli se esforzaba por encontrar alianzas capaces de llevar a su partido al gobierno. Un entendimiento con los seguidores de Peel constituía el paso más obvio, pero su realización aparecía rodeada de dificultades (la aspereza de los ataques de Disraeli contra Peel no eran cosa que se pudiera olvidar con facilidad). La posibilidad de una coalición con John Bright, el líder de la burguesía extremista y personificación de casi todo lo que los conservadores combatían, no parecía algo tan extravagante como para no tomarlo en consideración. Cuando la política de Palmerston respecto de Italia pareció amenazar la influencia papal, Disraeli no descuidó la posibilidad de pactar con los irlandeses. Procedió de modo de obtener dos breves cargos, y llegó a ser, en 1852 y 1858, canciller del Exchequer en los ministerios *tories* de lord Derby. Pero el carácter de la situación parlamentaria, además de sus capacidades bastante modestas en materia de economía y cuestiones fiscales, le impidieron adquirir una posición de prestigio. La presencia de una reagrupación fuerte en los Comunes después de 1846 sólo acentuó y puso en plena luz una tendencia a la inestabilidad gubernativa que en realidad caracteriza a todo el período comprendido entre la primera y la segunda reforma electoral: 1832-1867. La Corona se había adueñado del poder, pero éste no había sido aún transferido a las grandes máquinas partidarias del país o a la vasta burocracia de Whitehall. Los miembros del Parlamento que podían apoyarse en ricos patronos, se mostraban aún decididamente independientes respecto de los ministerios. Veían que el tiempo destinado a lo que se define como "negocios privados" era por lo menos igual a las horas que insumía discutir las medidas gubernativas. Este modo de administrar los negocios de una gran nación sólo era posible debido a la supremacía industrial y a la ausencia de toda amenaza seria a la seguridad del país por parte de potencias extranjeras. En varias oportunidades los jefes del gobierno presentaron proyectos de reforma que si hubieran sido aprobados habrían podido modificar la situación. Pero la mayor parte de los diputados estaba demasiado satisfecha y cómoda para actuar en ese sentido. La reforma seguía siendo un principio al cual todos rendían su homenaje como un deber, pero que era absolutamente inoportuno llevar a la práctica. Sólo alrededor de 1860 un conjunto de acontecimientos internos y externos proporcionó a Disraeli la oportunidad para desempeñar un papel de primer plano.

Ascenso del proletariado

Alrededor de 1860, todas las fuerzas derrotadas en las revoluciones de 1848 comenzaron a reafirmarse, aunque en formas a menudo modificadas en torno de las precedentes. Los cartistas ingleses no habían evitado la calamidad que sorprendió a la democracia a mediados de siglo, pero la clase trabajadora inglesa se estaba reconstituyendo en ese momento. Su composición fue profundamente transformada por el triunfo de la industria moderna. Los tejedores manuales y los operarios por cuenta propia se iban extinguiendo. El liderazgo pasaba cada vez más a una "aristocracia del trabajo" relativamente bien remunerada, compuesta por operarios especializados. Gracias a los esfuerzos de éstos surgieron sociedades de socorros mutuos, cooperativas y *trade unions* [sindicatos]. Si querían el voto era por una cuestión de dignidad y con el fin de proteger y acrecentar las limitadas ganancias reunidas hasta entonces. Pocos de ellos soñaban todavía con una reconstrucción revolucionaria de todo el orden social, pero sin embargo ambiciones de esa clase habrían podido reencenderse si se hubiese negado durante demasiado tiempo la igualdad política. Desde el punto de vista de las clases propietarias, resultaba peligroso desafiarlos, y la prudencia sugería en cambio pactar con ellos.

Los trabajadores ingleses heredaron de sus antepasados cartistas fuertes simpatías de carácter internacionalista, y ahora tenían ocasión de demostrarlo. Escribiendo en los años posteriores a 1860, Disraeli discernía agudamente el espíritu de los tiempos. "Los espíritus inquietos y revolucionarios, entretenidos en la elección de los objetivos, se demoran en la elección de la alternativa; no por saciedad sino por mera perplejidad de decidir dónde se puede realizar la mayor fechoría. Garibaldi no sabe por dónde comenzar —Venecia o Hungría— y habla de ir a América." Como la mayor parte de los miembros de las clases superiores, estuvo de parte del partido esclavista durante la guerra civil norteamericana. Los trabajadores, en cambio, se agruparon decididamente en favor de Lincoln y de la democracia. A diferencia de la mayor parte de los miembros de las clases superiores, Disraeli ni siquiera hubiera querido reservar a Garibaldi la recepción oficial que le fue tributada. Consideraba al italiano como un "pirata" y mortal enemigo de la autoridad constituida, sea eclesiástica o estatal. Los trabajadores acogieron a Garibaldi en Londres, en 1864, con un entusiasmo nunca demostrado hacia reyes o príncipes. De la participación espiritual en las heroicas batallas de la democracia libradas en América y en Italia, pasaron a la organización de una Liga para la Reforma (*Reform League*) que sostendría esa causa en su patria.

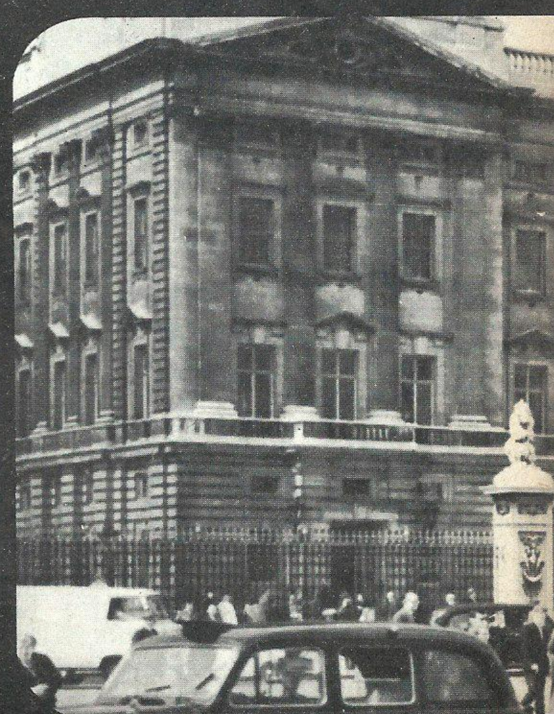
En 1865 moría Palmerston y lo sucedía un ministerio encabezado por lord John Russell y Gladstone, que no perdió tiempo en presentar un proyecto de reforma. Ésta preveía sólo una modesta extensión del electorado; tanto es así que suscitó escaso favor popular. Se trataba sin embargo de una concesión demasiado amplia en opinión de algunos *whigs* que se agruparon con Disraeli y derrocaron al gobierno. Por tercera vez fue nombrado canciller del Exchequer en un ministerio encabezado por lord Derby, que sólo podía contar con una minoría en los Comunes.

La formación del gobierno conservador estuvo acompañada por graves desórdenes en Londres. Cuando se aproximaba el invierno, se difundió la desocupación y la consiguiente cólera en la metrópoli, que amenazaron imprimir una nueva dirección a la agitación popular. Pero Disraeli no tenía apuro por intervenir: fueron la Reina y lord Derby quienes advirtieron la oportunidad de poner sobre el tapete la Reforma. Pero obviamente era más fácil decirlo que hacerlo. Si los *tories* presentaban un proyecto conforme a las propuestas de Russell y Galdstone, no lograrían reprimir la agitación del país; si, por otra parte, aprobaban medidas que fuesen más allá de tales propuestas, les sería difícil conservar el apoyo de sus partidarios y justificar la oposición al proyecto *whig*, que Disraeli había tildado tan recientemente de demasiado democrático.

La solución elegida por Disraeli consistía en promover un aumento muy considera-

1. *Londres: Vista del Parlamento.*

2. *Londres: Buckingham Palace.*



1



2



1



2

1. El egoísmo de Disraeli en una caricatura satírica de "The Tomahawk" del 1º de junio de 1867: Pigmalión y su estatua. Londres, British Museum.

2, 3. Disraeli representado como destructor de la Constitución y del partido tory en dos caricaturas de "The Tomahawk" de 1867: Sansón y ¡Ay, pobre Yorick! Londres, British Museum.

4. Disraeli portavoz de los duros de la Reform League, en una caricatura de "The Tomahawk" del 22 de junio de 1867. Londres, British Museum.

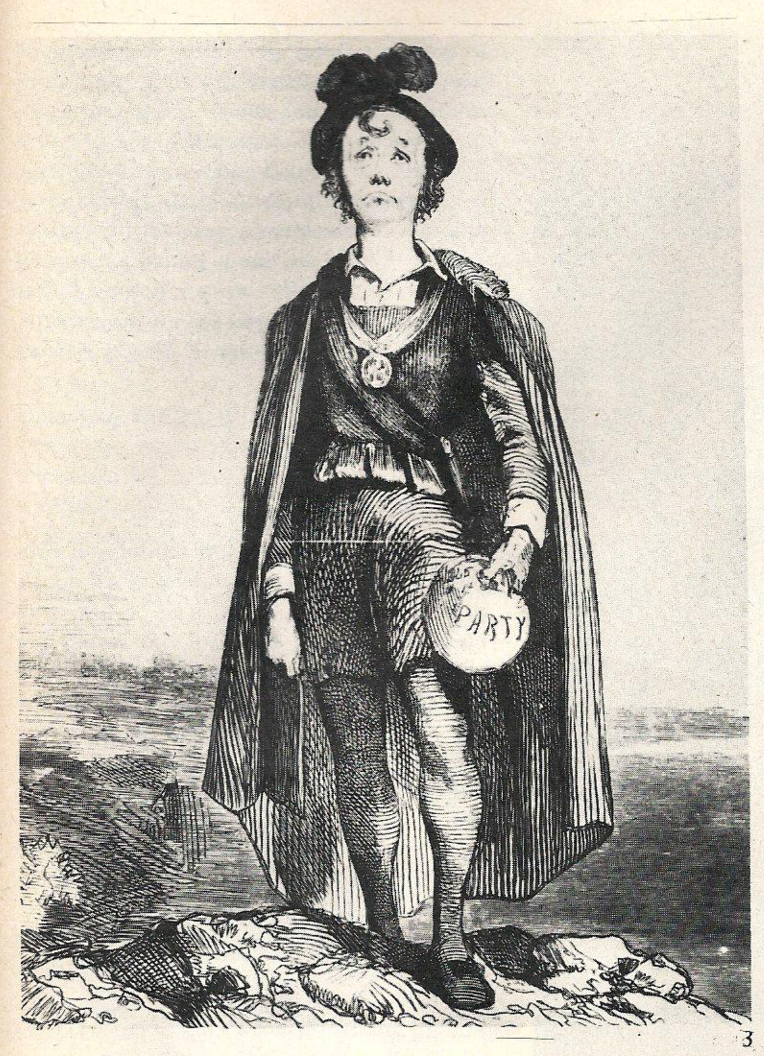
En la página 298:

1. Disraeli, *de T. Millais. Londres, National Portrait Gallery.*

ble del número de electores, pero compensar sus efectos introduciendo "privilegios especiales", de modo de conferir más de un voto a quienes no perteneciesen a la clase trabajadora. En privado expresó muy sucintamente sus objetivos: "eliminar la actual situación y aniquilar a la Gladstone & Co." Pudo lograr el segundo de estos fines, en la medida en que aumentó el reconocimiento de la urgencia que había en realizar el primero. Durante el invierno y la primavera de 1867 la agitación se había ido haciendo cada vez más fuerte y amenazadora. Se cuestionó la capacidad del gobierno para mantener el orden. La debilidad de las autoridades quedó gravemente de manifiesto en mayo, cuando la *Reform League*, en desafío al gobierno, celebró una demostración en masa en Hyde Park. Tal humillación logró convencer al Parlamento de que una demora ulterior podría tener gravísimas consecuencias y que era indispensable un acuerdo acerca de la cuestión de la Reforma.

Disraeli estaba resuelto a proceder de modo que el acuerdo, cualquiera fuera la forma que tomara, cayese bajo su liderazgo y no bajo el de Gladstone. Si no podía, en cuanto jefe de un gobierno en minoría, controlar los acontecimientos dentro del Parlamento, le era posible, en cambio, valiéndose de habilidad y coraje, salir indemne de la situación. Si la Cámara esperaba impaciente sus resoluciones, se anticiparía a sus deseos preparándole un proyecto de ley. Si el proyecto suscitaba la cólera de alguno de sus reaccionarios colegas de gabinete, lo volvería a redactar. Si el nuevo proyecto no satisfacía a la Cámara, sus colegas del ala derecha deberían irse y él militaría sin ellos. Si los revolucionarios introducían enmiendas que una mayoría de la Cámara, por una serie de motivos, estaba dispuesta a suscribir, él se hallaba dispuesto a asombrar al mundo aceptándolas. Había un solo sector del cual no aceptaría nada: cualquier cosa que Gladstone propusiera encontraría su oposición. Era tal la aversión que los *tories* alimentaban contra Gladstone, sentimiento compartido por algunos de sus partidarios *whigs*, que Disraeli estaba en condiciones de derrotar, humillar y aislar a su adversario.

Hombres de "principio", sea de derecha o de izquierda, se quedaron petrificados cuando todos los "privilegios especiales" y otras garantías fueron barridos de un golpe. En su forma final, el proyecto de ley concedía el voto a una parte considerable de la clase trabajadora urbana, duplicando virtualmente el número de electores. Resultado este que no había sido previsto ni deseado por ninguno de los más eminentes parlamentarios. Disraeli fue esclavo, en forma más o menos voluntaria, de las cir-



3



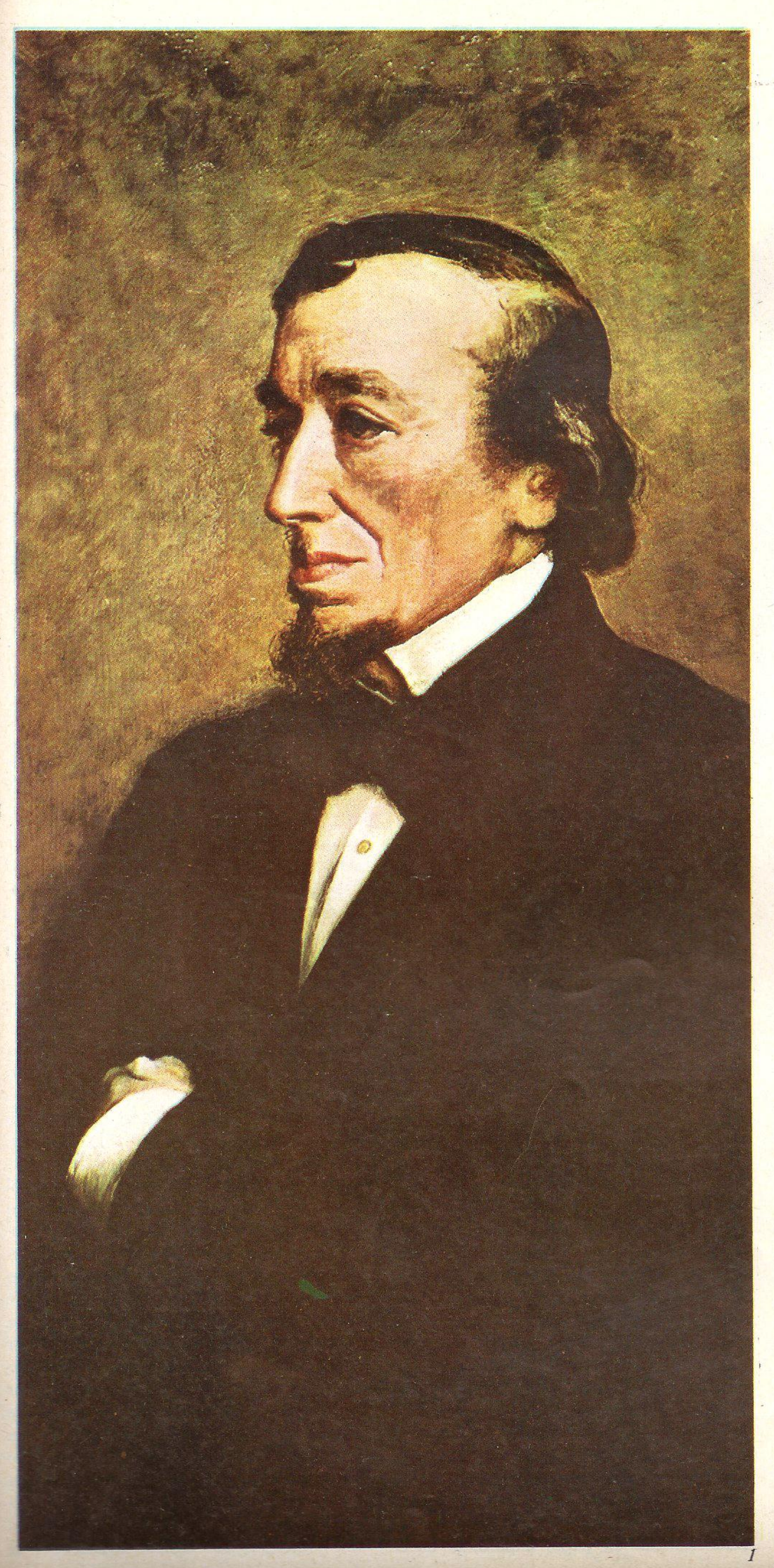
4

cunstancias, y nunca controló los acontecimientos. Procedió de modo de mantenerse a flote, pero poco podía hacer para saber adónde lo arrastraría la corriente. El verdadero carácter de su posición lo revela su desenfadado pedido a un colega de gabinete, para que tomara la palabra en la Cámara sobre una enmienda: no le importaba si lo hacía en favor o en contra, con tal de que hablase. Si Dizzy hizo alguna vez gala de audacia, fue en la manera en que buscaba presentar toda nueva humillación como un triunfo. Si mostró habilidad, fue en el modo en que dio a sus partidarios la reconfortante impresión de haber tomado él mismo la iniciativa y de haber superado a Gladstone.

Disraeli, ideólogo de sí mismo

Es significativo que sólo después de haber sido aprobada la Reforma, y no antes, Disraeli preparara una cuidada edición de sus discursos, destinada a demostrar que él siempre estuvo en favor de la extensión del derecho de voto. Es cierto que en su carrera se verifica siempre una reiterada, aunque no continua, preocupación por una alianza entre aristocracia y trabajadores. Pero los términos en que esa alianza fue concebida, alrededor de 1840, diferían mucho de aquellos en que fue resucitada por los años 60 y 70. Sin duda Disraeli se daba cuenta de las posibilidades conservadoras de la democracia. Era consciente de que el privilegio podía mantenerse mediante la presencia de aquellas "fuerzas ocultas que no dependen de ningún engranaje legislativo". En los sentimientos de la clase trabajadora se podía descubrir una deferencia hacia el rango y la condición social, que habría contribuido a infundir nuevas energías a la causa conservadora. No había por cierto ninguna razón para que él, en cuanto líder *tory*, considerase sacrosanto el ordenamiento político de 1832, que había desembocado en un largo período de supremacía *whig*. Sin embargo la ley de Reforma de 1867 era para él, como para sus contemporáneos, "un salto en el vacío". Nadie podía prever las consecuencias. Disraeli se jactaba de poseer "una mente continental; una mente revolucionaria". Habría comprendido lo que quería decir el gran anarquista Proudhon, cuando definía el sufragio universal como la mejor arma de la contrarrevolución. Lo habría comprendido, sí, pero agregando que se trataba de una de aquellas típicas frases que sólo son verdaderas en parte. No como filósofo de la contrarrevolución, aplicado a poner en práctica su tortuosa estrategia, sino como inspirado improvisador parlamentario, que actuaba dentro de los límites impuestos por semejante filosofía, desempeñó Disraeli un papel importante en la aprobación de la segunda reforma electoral.

Atribuía enorme significado a la acción del héroe, del gran hombre, en la historia. Como se difundía su fama, percibía cada vez más la distancia que separa la celebridad pública del poder. Se suponía vulgarmente que éste estaba en las manos de un político, de un partido o de una clase. Pero en la Inglaterra del siglo XIX el poder no era algo que residiese en un determinado punto y al cual sólo algunos tuviesen el privilegio de acceder. Hablar de "clases dirigentes" tenía una validez real, pero sin embargo sólo relativa. Existía una distribución de poder, aunque en su mayoría desigual. Nadie gozaba de una supremacía tal como para permitirse lograr plenamente su propio objetivo a plazo fijo. Pero pocos estaban en condiciones de comprender el hecho de que los grandes acontecimientos públicos eran el resultado de las luchas de clase y de la rivalidad de los partidos. La mayoría sentía la necesidad de personificar los acontecimientos públicos y Disraeli sabía cómo aprovechar tal exigencia. Las necesidades a las que tenía que adaptarse debían aparecer como emanación de su voluntad. Las apresuradas respuestas de los oportunistas debían aparecer como partes de un plan arcano e inescrutable, proyectado por Disraeli, el hombre del misterio. Mientras se estaba rehaciendo el



proyecto de Reforma, Walter Bagehot visitó una típica circunscripción *tory*, una polvorienta aldea rural donde preguntó a los *tories* locales: "¿Comprendéis este proyecto de Reforma? ¿Sabéis que vuestro gobierno conservador ha presentado un proyecto mucho más revolucionario que todos los precedentes y que es muy probable que se apruebe?" Aquellos respondieron: "¡Qué tontería! ¿Cómo puede ser un proyecto revolucionario de Reforma si Bright está en contra?"

Pero hay un dios en la política parlamentaria, y es el dios Jano.

La cuestión irlandesa

A comienzos de 1858, lord Derby, por consejo de su médico, renunció al cargo de primer ministro. Aunque el partido *tory* no alimentaba un excesivo entusiasmo por el "judío", el modo en que éste había conducido la cuestión de la reforma garantizaba que su sucesión no encontraría oposición seria. El 27 de febrero, Disraeli se presentó ante la reina Victoria para besarle las manos. Había llegado "a la cima del mástil de la cucaña", según se dijo. Sin embargo Gladstone se las arregló para que no permaneciera allí mucho tiempo. El 16 de marzo, el líder liberal anunció que había llegado a la conclusión de que la Iglesia irlandesa debía ser abolida y confiscada.

Fue un golpe audaz y brillante por parte de Gladstone. Era una propuesta oportuna, porque la opinión pública inglesa se había dado cuenta del descontento difundido en Irlanda a causa de una serie de actos terroristas perpetrados por los fenianos, una asociación de irlandeses decidida a asegurar la independencia de su país. Disraeli no podía negar que uno de los pesados gravámenes que afligían a la isla católica era el tener que contribuir al mantenimiento de una iglesia protestante. En 1844 él mismo había resumido así la cuestión irlandesa: "Una población hambrienta, una aristocracia ausente y una Iglesia extranjera..." Omitió decir, en forma característica, que, aparte de todos los males específicos, estaba el espíritu de una nación sometida, hecho que sin embargo debían haber tenido en cuenta todos los políticos ingleses.

La propuesta de Gladstone no sólo tenía el mérito de suscitar una cuestión importante y urgente, sino que separó también a Disraeli de sus partidarios respecto de la manera en que se podía defender mejor una institución sustancialmente impopular. Disraeli habría querido atender contemporáneamente al sometimiento de la Iglesia presbiteriana y de la católica romana en Irlanda, pero no podía sostener esta solución sin despertar la violenta hostilidad del bajo clero, elemento que dentro de la Iglesia anglicana constituía el más encarnizado opositor de Roma y en el cual él se veía en

1

gran medida constreñido a confiar. En todas las cuestiones eclesiásticas, el grave y erudito Gladstone debía hacer mejor figura que Dizzy, sospechado de ser frívolo e insincero. Disraeli podía inducir a algún *whig* a preguntarse si la Iglesia y la propiedad estaban realmente a salvo en manos de Gladstone, pero era cosa de escasa importancia en comparación con el macizo sostén que su rival tenía modo de asegurarse por parte de los irlandeses, de los no conformistas y de los más esclarecidos anglicanos.

La cuestión de la Iglesia irlandesa dominó las deliberaciones del Parlamento y de las sucesivas elecciones generales. Muchos trabajadores *tories* no habían conseguido que se los inscribiera en las listas, u organizarse de modo de hacer valer sus reivindicaciones. Los liberales, gracias a un acuerdo secreto con los líderes de la *Reform League*, tenían en sus manos una parte del poderoso engranaje electoral. Disraeli fue gravemente derrotado. Sintomático de la relación que se había instaurado entre gobierno, Parlamento y electorado, fue el hecho de que Disraeli aceptó la derrota en el escrutinio sin esperar que fuese confirmada por un voto contrario en los Comunes.

El primer gran ministerio Gladstone duró seis años. Disraeli se dedicó a una nueva novela a la espera de que los volcanes liberales se extinguiesen por sí mismos.

En política, Disraeli esperaba el momento oportuno. Hacía exactamente lo suficiente para conservar su liderazgo y mantener en alto la moral de sus partidarios. Miraba cómo su adversario suscitaba una tras otra las grandes cuestiones: instrucción, leyes sobre el trabajo, leyes sobre las bebidas alcohólicas. En todo caso, si bien Gladstone conseguía notables resultados hería sin embargo los intereses de los poderosos sin satisfacer a los que querían cambios radicales. Su política provocaba resentimientos y suscitaba contra él nuevas coaliciones. Alrededor de 1872 Disraeli comenzó a preparar su ofensiva. La guerra franco-prusiana había cambiado el equilibrio de poder en Europa y Gladstone no había logrado ejercer una influencia efectiva por cuenta de Inglaterra. El partido *tory* se presentaba como el partido verdaderamente nacional, militante en favor de la grandeza imperial de la nación, contra el ineficaz y pretencioso cosmopolitismo de los liberales. Durante el efímero movimiento republicano inglés, sostenido por algunos diputados revolucionarios, Gladstone no fue capaz de promover una acción aplastante en favor de la Corona. El partido *tory* era el centro de vinculación de todos aquellos que se mantenían fieles al trono.

Lo que los liberales habían concedido a la organización obrera por una parte se lo habían quitado por la otra. Los conservadores constituían el partido que reconocía el derecho a la prioridad política de las cuestiones sociales relativas a la vivienda, a la asistencia sanitaria y a los reglamentos de trabajo en las fábricas.

En 1873, cuando presentó la propuesta de fundar una universidad católica en Dublín, Gladstone perdió el apoyo de algunos de sus partidarios. Propuso entonces renunciar y encargar a Disraeli la formación de un ministerio. Pero Dizzy no tenía intención de hacer la tentativa de constituir otro gobierno minoritario. Presentía la victoria. La máquina del partido era no sólo rica (gracias a los grandes señores de la tierra) sino también eficiente. En las elecciones generales Gladstone fue barrido, no sólo por un "torrente de cerveza y de gin", como pretendió él despectivamente, sino por un diluvio de descontentos que tenían múltiples causas para ello.

Imperialismo y reforma social

Con una considerable mayoría que lo respaldaba en los Comunes, Disraeli alcanzó finalmente la cima de sus ambiciones. Se trataba, sin embargo, de un triunfo que no estaba privado de amarguras. Tenía entonces cerca de setenta años, y lo afectaban cada vez más sus ataques de gota, de asma y de bronquitis. Mary Anne, que había sido investida con un título nobiliario en 1868, murió cuatro años después. Disraeli observó una vez que la juventud es esperanza, la madurez es lucha y la vejez llanto. ¿Era también éste su caso? Pese a sus enfermedades, conservaba una sorprendente vitalidad que manifestaba de múltiples maneras, entre ellas el apasionado amor que concibió por lady Bradford, una mujer de cincuenta años, feliz en su matrimonio. Inglaterra tuvo muchos primeros ministros septuagenarios, algunos de los cuales mantuvieron intacto su vigor sexual, pero sólo Disraeli encontró tiempo para un amor que nunca fue retribuido. Su ministerio se movía en dos direcciones: imperialismo y reformas sociales. Con respecto a estas directrices se puede decir que el gobierno de Disraeli entre 1874 y 1880, representó un claro estilo en la política británica. Sólo un decenio antes habría sido inconcebible la atención que ahora se dirigía a estos dos puntos. Bajo Disraeli Inglaterra se embarcó en una política deliberadamente imperialista. En los últimos veinticinco años del siglo XIX las poblaciones que sometió eran dos veces superiores al número de sus habitantes, y los territorios conquistados cuarenta veces más grandes que las islas británicas. Todo esto se agregaba naturalmente a las posesiones de la India, al dominio del Canadá y a las colonias pobladas por blancos en Oceanía. Durante el mismo período se pusieron en vigencia programas legislativos que inauguraban una era nueva en la política social. El gobierno de Disraeli dio gran ímpetu inicial al proceso por el cual el Estado llegaba a asumir la responsabilidad de establecer y mantener ciertos estándares mínimos de condiciones de vida y de trabajo. Se aprobaron medidas que habrían sido condenadas en bloque con anterioridad como moralmente ofensivas y contrarias a todo principio de economía política. Esta tendencia a la reglamentación estatal, originariamente alentada y acelerada por Disraeli, condujo, a fines del siglo, a una situación en la cual un político liberal pudo exclamar: "Ahora somos todos socialistas." Aunque los signos de una disposición favorable a una redistribución de la riqueza y el rédito eran escasos, existía cierto reconocimiento de la responsabilidad del Estado en la promoción del bienestar de los asalariados y de sus familias. La conjunción de imperialismo y reforma social no era el producto de la teoría ni del azar. Era una respuesta sensible e intuitiva al desafío que presentaban circunstancias políticas y económicas profundamente cambiadas. Entre 1860 y 1870 la vida política sufrió una transformación en dos aspectos decisivos. En primer lugar, después de prolongados conflictos, países de gran importancia como Alemania, Italia y los Estados Unidos lograron la unificación nacional, con lo cual ponían fin al largo período de casi indiscutida preeminencia británica en el campo de la producción industrial mundial. Además, estos nuevos rivales emergían de su perturbado proceso interno justamente en el momento en que todas las sociedades capitalistas altamente desarrolladas estaban por tropezar con crecientes dificultades en la renovación de ventajosos canales de inversión en su país y daban cada vez mayor importancia a la exportación de capitales. En segundo lugar, la aparición de una masa electoral en Inglaterra, Alemania y Francia planteaba serios problemas a las clases propietarias y a sus élites gubernativas. Disraeli no era el único que advertía que las masas sólo podían ser guiadas si se mostraba una nueva preocupación respecto de sus intereses materiales y se desviaba la atención del antagonismo de clases al antagonismo nacional. En Alemania, Bismarck debía llegar a una conclusión similar, aunque de un modo mucho más cauteloso.

El imperialismo y la reforma social no estaban juntos en la mente de Disraeli como dos elementos coherentes y complementarios de una única estrategia política. No le interesaba la manera en que éstos se oponían directamente al antiguo ideal del Estado gendarme. Sostenía las reformas sociales porque creía que tendrían éxito entre el nuevo electorado, no porque quisiese crear una "raza imperial", capaz de extender y preservar el imperio. Y ni siquiera le impresionaba el "escuálido argumento" según el cual la condición necesaria del mejoramiento social era el imperio, sin el

cual no se podían realizar reformas ni mantener la ocupación. Su imperialismo era algo romántico, no un cálculo aritmético. El imperio era un grandioso espectáculo en el cual la nación entera, bajo la égida de la Reina, podía unirse y exaltarse. Su espíritu de imaginación intuía que esta creación de la fantasía podía responder a las diversas esperanzas y a los deseos tanto de los ricos como de los pobres, pero no formuló ninguna teoría del imperialismo social. Teóricos de este tipo aparecieron en escena más tarde y encontraron cierta dificultad en hacer coincidir la teoría con la práctica.

La afirmación del imperialismo inglés

Durante la campaña que culminó con su gran victoria sobre Gladstone, en 1874, Disraeli habló de imperialismo y reforma social de modo de caracterizar la actitud *tory*, sin confiar sin embargo anticipadamente al partido la ejecución de medidas o resoluciones determinadas. Había tres clases de motivos suficientes para explicar su relativa reticencia en lo que respecta a los temas que debían distinguir a su gobierno. En primer lugar, en el pasado él había estado generalmente de acuerdo con la actitud semivictoriana ortodoxa respecto del imperio, actitud que no tenía nada de entusiasta, que prestaba más atención a las expensas y a las responsabilidades que derivaban de las posesiones coloniales que a los beneficios que éstas conferían a la madre patria. Como canciller del Exchequer, Disraeli lamentó la dañina incidencia de los gastos militares sobre el presupuesto y, refiriéndose a las colonias, habló de "piedras de molino atadas al cuello".

El hecho de que se refiriera a las colonias pobladas por blancos más bien que a la India, apenas le hizo más cómoda la tarea de imprimir otro brusco giro a su política. En segundo lugar, al programar un plan de reforma social debía estar atento para no enemistarse con sus poderosos partidarios. Era cierto que el partido *tory* dependía todavía del apoyo financiero de los grandes terratenientes, y que éstos no recibirían un duro golpe de la nueva y más severa "Factory Act" (ley sobre las fábricas). Era cierto que el partido *tory* no estaba obstaculizado, como el liberal, por la presencia en su seno de admiradores doctrinarios y fanáticos del "laissez faire". Pero Disraeli, que acusaba a Gladstone de "saqueos", y también de "estupidez", debía evitar la impresión de haber elaborado por su parte proyectos de vasto alcance sobre el derecho de propiedad. En fin, puede también ocurrir que Disraeli se hubiera limitado a alusiones y generalizaciones porque no había logrado elaborar un programa claro y ajustado. Prefería pensar, en política, en función de principios generales más bien que dedicarse a la elaboración de propuestas particularizadas. En su ministerio, el responsable de las medidas de reforma más importantes era Cross, su secretario del Interior.

Cross no era muy conocido por el público y su nombramiento significó un acto de valor. Disraeli apoyó a su secretario durante los conflictos en el seno del gobierno, pero aparte de ello contribuyó escasamente en forma personal a las medidas de reforma.

La historia del gobierno de Disraeli mostró que imperialismo y reforma social podían ser presentados como temas complementarios, pero también podían resultar en contraste entre sí. En efecto, la reforma social tendió a concentrarse en los primeros dos años de vida del gobierno, después de lo cual fue sofocada por fermentos imperialistas. Durante este período se introdujeron en el código una importante *Public Health Act* (ley de salud pública), la *Artisan Dwelling Act*, un mojón en la historia del problema de la vivienda en Inglaterra, y la *Food and Drugs Act*, ley de vital importancia para el control de la adulteración de alimentos. Una *Merchant Shipping Act*, destinada a mejorar las condiciones de seguridad en los viajes marítimos, fue también aprobada, aunque ello se debiera en no pequeña medida a la cruzada de un solo diputado, Samuel Plimsoll. Pero de todas las medidas introducidas por Cross, las que más interesaban a Disraeli se referían a la supresión de las desigualdades jurídicas entre dadores de trabajo y asalariados, y a la concesión de medidas protectoras a los sindicalistas empeñados en huelgas y en la formación de piquetes. Consideraba que tales resoluciones "conquistarían y mantendrían el durable afecto de la clase trabajadora hacia los conservadores". Por cierto, fue grande la gratitud que manifestó a Cross el congreso de los sindicatos cuando los oradores lo definieron como el más grande secretario del Interior que el país hubiese conocido. Pero los *tories* sólo podían conquistar a una minoría de trabajadores organizados, dejando de lado el Lancashire, donde algunas quejas a propósito de las leyes sobre el trabajo separaban de Gladstone a los líderes sindicales.

Una vez que los *tories* resolvieron la cuestión, nada impedía a los mencionados líderes renovar su alianza con los liberales, con los cuales se encontraron de pronto agrupados contra la política exterior de Disraeli. Existían otros dos límites a la eficacia política y práctica del programa de reforma social. Muchas leyes eran discrecionales: permitían a las autoridades iniciar la acción pero no las obligaban a hacerlo. Esto les daba un aspecto más aceptable para la clase de los propietarios y para los partidarios de la ortodoxia económica, pero disminuía gravemente su función como instrumento del mejoramiento social. En segundo lugar, el advenimiento del ministerio Disraeli coincidió con el curso de la "gran depresión", un período que se distinguió por la disminución de las tasas de producción y de beneficio, de los precios y de la ocupación. Ni Disraeli ni sus colegas estaban en condiciones de dar una respuesta a tal problema.

El adversario de la "Nueva Ley de Pobres" de 1834, se preguntaba si era sensato aliviar un estado de indigencia que no podía explicarse en función de ninguna "calamidad visible", de ninguna "catástrofe natural". "¿Debía crearse un comité de asistencia permanente?", "¿y la propiedad debía sostener el peso de la mano de obra desocupada? Peor que el socialismo." En 1878 el gobierno hizo aprobar una *Factory Act* (ley de fábricas) que resultaría muy útil pero sería también la última de las iniciativas de reforma. Tres años antes, Disraeli había realizado el primer gran golpe de su política imperialista encaminando al gobierno a una carrera que pronto se mostró más dramática y espectacular que la pedestre obra de mejoramiento social. El golpe consistía en la adquisición de algunas acciones de la compañía del canal de Suez.

El asunto del canal de Suez

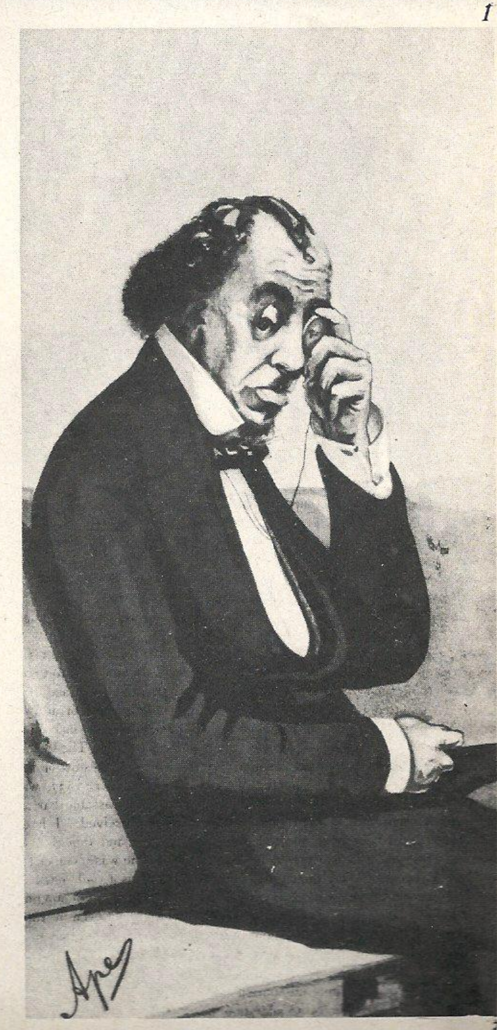
El canal fue abierto en 1869 por obra de un gran tecnócrata francés (como se diría hoy), Fernando de Lesseps. Desde el comienzo, el 80% del tráfico que pasaba por él era inglés. Pero la notable importancia comercial que el canal revestía para Inglaterra se vio oscurecida por sus implicaciones estratégicas. Esto quería decir que Inglaterra podía reforzar sus tropas en la India mucho más rápidamente, en la eventualidad de otro amotinamiento indio o de una invasión rusa (una invasión de la India por parte de Rusia era un acontecimiento bastante improbable, pero no le parecía tal a los dirigentes británicos). El capital de la compañía del canal estaba en manos de los franceses y del jedive. El gobierno británico tuvo varias ocasiones de entrar a formar parte de la compañía, pero no las aprovechó porque dudaba de la utilidad de la inversión. En 1875 el jedive se encontraba en graves dificultades financieras: puede ser que aún no hubiese transcripto las máximas de Samuel Smiles en sus palacios, o no las hubiese asimilado íntimamente. En todo caso, lejos de ser frugal, era pródigo. En 1875 pensó en disminuir las deudas vendiendo sus acciones de la compañía. Disraeli, luego de obtener un empréstito de libras esterlinas del financista Rothschild, se aseguró las acciones y presentó este acto a Inglaterra y al mundo como una empresa admirable: un golpe de grandeza poco común.

Dijo a la reina Victoria que lo había logrado batiendo la estrategia de los franceses. Había superado "a todos los especula-

1



2



3







1. *Disraeli en 1873.*

2. *La hermana de Disraeli, Sarah.*

3. *La mujer de Disraeli en 1873, en un retrato de G. M. Middleton*

En la página 301:

1. *El congreso de Berlín de 1878*

2. *Una caricatura de "Punch" de 1876*

3. *Caricatura de Disraeli en "The Vanity Fair", 1878*

dores, los capitalistas, los financistas de todo el mundo, organizados y subdivididos en pandillas de bandidos", e impedido que los franceses adquirieran el control completo del canal, sustrayéndoles la facultad de cerrarlo a su arbitrio. El único aspecto verdaderamente sorprendente de todo este asunto era el mito en que se complacía Disraeli: el gobierno francés, lejos de estar descontento por la presencia de un interés británico en el canal lo acogió favorablemente. Inglaterra bajo Disraeli había ya sostenido a Francia contra Alemania frente a la amenaza de guerra de Bismarck, el año precedente. Además, Disraeli confundía la cuestión de la propiedad con la del control. Los problemas de las tarifas diferenciales no los resolvía la compañía sino una comisión internacional. Para Inglaterra, además, la salvaguardia de la nueva vía de acceso a la India no dependía, en definitiva, de la condición de propiedad de la compañía del canal, sino tan sólo de la capacidad británica de ejercer una acción preponderante en Egipto: era una cuestión de fuerza militar. El secretario para la India de Disraeli, Salisbury, hizo una apreciación realista del "golpe" señalando que la propiedad británica del canal sólo constituía una ventaja en la medida en que proporcionaba un pretexto más serio para hacer la guerra, que de todos modos se habría debido hacer si el canal hubiese estado cerrado a los ingleses. Por añadidura, el interés que Inglaterra adquiría no era de control. La absoluta insignificancia de este "golpe" fue destacada en un debate acerca de si era o no oportuna tal inversión. Disraeli se sentía en un terreno débil en cuanto se lo podía acusar de deudor de los Rothschild, a una tasa de interés excesiva por un empréstito que probablemente no daría grandes beneficios. Esto era justamente lo que las críticas liberales tendían a hacer resaltar. De hecho, en cambio, hacia 1914, las acciones británicas tuvieron un valor diez veces mayor que su precio de origen.

A este gesto teatral siguió otro. Al año siguiente Disraeli presentó al Parlamento un proyecto de resolución conocido como *Royal Titles Bill*, que confería a la reina Victoria el título de Emperatriz de la India. El fin manifiesto de tal medida era el de reafirmar la determinación inglesa de permanecer en la India, de hacer sentir a los indios, o por lo menos a los príncipes indios, que la reina era su soberana y estaba orgullosa de manifestar su soberanía. Con su característico espíritu realista, Salisbury dudaba de que la resolución se asegurara la simpatía de todos los indios y también de la aristocracia. Si lograba atraer a los príncipes, "serviría para ocultar a los ojos del pueblo inglés y quizá de la creciente clase intelectual india la desnudez de la espada en la cual realmente confiamos".

El nombre elegido para el proyecto de ley era inoportuno, pero Disraeli cedió a los deseos de la Reina. Gran cortesano, estaba dispuesto a llegar muy lejos con tal de asegurarse su apoyo y su aquiescencia. Algunos sospechaban que alimentaba aún la esperanza de una contrarrevolución monárquica y era propenso a restaurar las prerrogativas de la Corona. No abrigaba estas intenciones, pero era consciente del valor que tenía el apoyo de la Corte, particularmente en política exterior, y de la dificultad, común a todos los primeros ministros británicos, de tener que "discutir de rodillas". En sus conversaciones con Victoria adoptaba una regla simple: "No digo nunca que no; nunca contradigo; a veces olvido". A este sano principio agregaba otro: "A todos les agradan las adulaciones; en el caso de los príncipes hay que hacerlas sin fijarse en el gasto." Y así hacía. Esto lo ayudó a atraer un poco a la reina a aquella vida pública que ella había abandonado después de la muerte de su amado consorte, Alberto, en 1861. La reina se complacía en ciertas manifestaciones públicas de aprobación a su primer ministro, visitándolo por ejemplo en Hughenden. Tales gestos no sólo satisfacían las ambiciones personales de Disraeli y las aspiraciones de su naturaleza romántica, sino que contribuían a difundir la idea de que el partido conservador era efectivamente el partido del orden constituido y de las instituciones históricas del país, el partido nacional, el partido de todos los que eran leales y patriotas. Era un juego peligroso en la medida en que la seguridad de las instituciones monárquicas exigían que éstas estuvieran por encima de las luchas de partido, pero Disraeli dio pruebas de consumada habilidad al sugerir la existencia de una vinculación particular entre el conservadorismo y la Corona, sin permitir que tal relación asumiera más consistencia de la que le concedían las reglas constitucionales.

En 1876 Disraeli obtuvo también un cambio de título. Al llegar a ser primero y único conde de Beaconsfield, encabezó desde ese momento el gobierno de la Cámara de los Lores. Su salud era débil y el cambio lo alivió de algunas pesadas tareas que habría debido enfrentar en el caso de haber permanecido en los Comunes. En particular, le hizo más fácil dedicar sus energías a la cuestión oriental, cuya importancia era ya preponderante.

La cuestión oriental

La cuestión oriental nació de la disgregación y de la amenazadora descomposición del imperio otomano. Mientras el sultán aumentaba el impuesto para sostener el peso de su pródiga pero ineficaz administración, el espíritu nacionalista encontraba cada vez más asentimiento entre los súbditos cristianos de Europa oriental. En 1875, en ocasión de un aumento de los impuestos, se desencadenó una revuelta entre los serbios de Herzegovina que pronto se difundió entre las otras minorías nacionales.

Tres eran las posibles vías de solución en la cuestión oriental. Primero, las potencias podrían tratar de alentar las reformas. Era posible ayudar a Turquía, "el enfermo de Europa", a recuperarse, siguiendo la tradicional política británica. La guerra de Crimea, que Disraeli había definido justa pero no necesaria, se había hecho en la espera de que los turcos arreglasen sus asuntos: se consideraba que Inglaterra tenía interés vital en el mantenimiento de la integridad turca contra las tentativas de invasión rusas, que podían amenazar la vía de acceso al Imperio de la India. Después de todo, la Rusia zarista era la única potencia que no podía ser efectivamente disuadida, mediante la fuerza de la Marina Real, de amenazar los "vitales intereses británicos". Aun con ciertas vacilaciones y reservas, ésta fue la línea que adoptó Disraeli. Al hacerlo así, quizá fue esclavo de concepciones estratégicas y políticas anticuadas: la apertura del canal de Suez privaba de su primitiva importancia a la vía terrestre hacia la India, y significaba que la llave de acceso a ese país estaba en El Cairo y no en Constantinopla. Puede ocurrir también que el "enfermo de Europa" hubiera excedido el punto de curación, de modo que Inglaterra estuviese empeñada en la ingrata tarea de sostener a un cadáver. Ninguna de estas dos consideraciones rozó la conciencia de Disraeli. Los turcos podían esperar, pero él era de la idea de que una reforma habría de ocurrir, y que debía suceder bajo los auspicios británicos. El problema financiero del imperio turco era de interés inmediato para la *city* londinense, que tenía en sus manos gran parte de las deudas del sultán. Cuando en mayo de 1876 la Triple Alianza, la liga de los tres emperadores, de Rusia, Austria y Prusia, emitió el "memorándum de Berlín", que trataba de imponer un armisticio entre los turcos y sus indómitos súbditos, Disraeli reunió la flota en Desika Bay, no para oponerse a la paz y a la reforma sino para garantizar la salvaguardia de los intereses británicos.

La segunda vía de la cuestión oriental pasaba a través de la repartición de las posesiones del sultán entre las grandes potencias. Favorecían sobre todo esta solución Rusia y el Imperio Austrohúngaro, pero ro se oponía en general a ella, aunque no unánimemente, Gran Bretaña. Cuando en 1877 fracasó la política de las reformas a imponer a los turcos y Rusia entró en guerra, Disraeli preservó la neutralidad británica con la condición de que se respetara a Constantinopla y no se ocupara Egipto. En enero de 1878, los rusos tomaron Adrianápolis. Disraeli respondió enviando la flota a Constantinopla a través de los Dardanelos y solicitó al Parlamento que votara seis millones de libras esterlinas para ulteriores preparativos militares. Cuando los rusos intentaron, con el tratado de San Esteban (marzo de 1878), imponer a los turcos una paz paneslavista, Disraeli insistió en que se realizara una conferencia europea general, convocó a las reservas y dispuso el envío de tropas indias al Mediterráneo, a modo de advertencia de la decidida actitud británica, dada la importancia de la cuestión. Mediante una serie de conversaciones secretas, Disraeli se aseguró de que el Congreso de Berlín pondría un límite al desmembramiento de Turquía, que Inglaterra participaría en él, de modo de controlar que el reparto de su aliada turca ocurriese dentro de ciertos límites.

La tercera posible solución de la cuestión oriental consistía en secundar las ambiciones nacionalistas de griegos, servios, rumanos, búlgaros y quizás albaneses. El paneslavismo alentaba a Rusia a presentarse como protectora de los pueblos eslavos cristianos, que en realidad ella proyectaba constituir en importantes Estados satélites en los Balcanes. Si bien esta solución parecía blasfema a Disraeli, encontraba sin embargo vasto asentimiento por parte de Gladstone y un amplio sector de la opinión pública inglesa. Las así llamadas atrocidades búlgaras de 1876 reforzaron considerablemente a las fuerzas "humanitaristas" o "prorrusas" de Inglaterra y debilitaron seriamente la posición de Disraeli. En Bulgaria se desarrollaban guerrillas revolucionarias conocidas con el nombre de *comitadjis*. Los turcos respondían a tales actividades desencadenando contra ellas, y contra toda la población búlgara, bandas de irregulares llamados *Bashi-Bazouks*. Las fuerzas turcas se empeñaron en indecibles atrocidades. En una sola región asesinaron a doce mil cristianos, a lo que se agregaron saqueos, raptos de mujeres y torturas. Disraeli, mal informado por su servicio consular, definió las noticias referentes a estos excesos como "charlas de café". Gladstone, que se había retirado después de la derrota de 1874, reapareció para conducir un gran "peregrinaje de duelo" contra el líder conservador por su declarada complicidad en tales horrores.

En su entusiasmo por los derechos de las pequeñas naciones cristianas que combatían para liberarse del yugo turco, algunos críticos de Disraeli se rebajaban a un abierto antisemitismo. Insinuaban que el rechazo por parte del primer ministro de una solución "nacional" de la cuestión de Oriente podía explicarse recurriendo a la actitud proturca del ghetto internacional. En realidad, a Disraeli no le importaba nada de los turcos. "En lo que a mí respecta —dijo—, todos los turcos pueden irse al infierno." Pero tampoco le importaba nada de los servios, de los griegos o los

búlgaros. Su política estaba dominada totalmente por una consideración superior a las otras, el bienestar y la seguridad del Imperio Británico. Además, justamente en relación con la cuestión nacional, Disraeli continuaba mostrándose como un impenitente e inflexible contrarrevolucionario. Advertía, mucho más agudamente que los otros políticos ingleses, el nexo existente entre el problema del sultán, que consistía en subyugar a los súbditos balcánicos, y la tensión de las relaciones entre Inglaterra e Irlanda. Comprendía que la cuestión nacional en los Balcanes, así como en Irlanda, se vinculaba con las reivindicaciones contra los terratenientes. Aun prosiguiendo su política de reformas respecto de los turcos, estaba bien en guardia contra las implicaciones que podían derivar de ella para el orden constituido en su patria. Se preguntó si "en los consejos que se nos han pedido por parte de Turquía, no confiamos en principios que son o podrían ser materia de controversia en nuestro propio país, como la distribución de los impuestos locales sobre la base de la dimensión de las propiedades, y el derecho de los campesinos a la tierra". Estas son algunas de las serias consideraciones políticas que se ocultaban detrás de su melodramático anuncio de que "las sociedades secretas de Europa declaraban la guerra a Turquía".

Al disminuir así Disraeli la realidad de las atrocidades cometidas en Bulgaria, difundía entre la gente el temor de su espantajo favorito: las sociedades secretas. Entre 1876 y 1877 Gladstone ofreció una interpretación más razonable y autorizada de los acontecimientos: interpretación que exigía la inversión de la tradicional política proturca y antirrusa. En un libelo del cual se vendieron casi doscientos mil ejemplares en un mes, concluía: "Que los turcos dejen de cometer desaguisados de la única manera posible, es decir, desvinculándose de nosotros. Sus Zaptic y sus Mudir, sus Bimbashí y sus Yuzbashí, sus kaimakán y sus Pashaes, cada uno y todos ellos, sus armas y bagajes, se limitarán, según espero, a desencombrar las provincias profanadas... Si se concede que el poder ejecutivo de Turquía renueve en esta enorme crisis, con el permiso de Europa, la carta que autoriza su presencia en Bulgaria, todo grito lanzado contra un intolerable desgobierno y todo golpe inferido a una aborrecida tiranía, desde que el hombre se organizó políticamente, serán tildados en lo sucesivo de criminales."

Si Garibaldi llamó a Disraeli "hombre sin corazón", Gladstone se refería a él como al "Demonio", y veía en el líder conservador a un judío extranjero sordo a los gemidos de los súbditos cristianos agonizantes.

En 1877-78 lo definió como partidario de la guerra total. La guerra representaba siempre una gran calamidad moral, pero amenazar con una guerra por cuenta de un país como Turquía era delito de una magnitud nada común. Para Gladstone la política se subordinaba a la moral. No se trataba sólo de retórica, de beatería o de charlatanería, aunque a veces hubiese una mezcla de todas estas cosas. Es probable que Gladstone mismo no estuviera en condiciones de dar una respuesta adecuada a la pregunta acerca de qué entendía exactamente por moral: la claridad no era su fuerte. Pero es cierto que implicaba una neta referencia a un principio más vasto que los intereses británicos. Lo que distingue un criterio moral de un criterio meramente político es el hecho de que se remite, aunque sea dentro de ciertos límites y con algunas reservas, a las reglas de la imparcialidad. No se debían anteponer los intereses de Inglaterra a las reivindicaciones de paz, de humanidad o a las de las naciones sometidas que combatían por la libertad. Éste era un punto de vista que ejercía una notable fascinación sobre los ingleses no conformistas y los líderes de los trabajadores. Se dice a menudo que Gladstone no comprendió tan bien como Disraeli la vida y los problemas de la clase trabajadora, pero en algunos respectos se captó sus simpatías, cosa que no logró nunca Disraeli. Pese a sus orígenes relativamente nobles, era Gladstone, más bien que Disraeli, el que aparecía como paladín del pueblo, "the People's William". Mientras Disraeli trataba de asegurarse el control sobre las masas promoviendo su tranquilidad por medio de la satisfacción social, Gladstone les reconoció una activa fuerza política, y espontáneamente se puso a la cabeza de la democracia y de todos sus mecanismos de protesta. Si Gladstone consideraba a Disraeli como el Demonio, Disraeli veía en Gladstone al "villano por excelencia". Desconfió siempre de la elaborada expresión de la moral altisonante o de los principios religiosos. Estaba persuadido de que la apasionada retórica de su adversario no era nada más que un pretexto para crear desorden en favor de ambiciones políticas personales. Declaró que de todas las atrocidades turcas el libelo de Gladstone sobre el tema era la peor. Para Disraeli, toda tentativa de subordinar la política a la moral era una locura que no podía desembocar más que en un desastre. Los grandes y permanentes intereses de Inglaterra proporcionaban una norma clara e inteligible. Una vez abiertamente aceptada, los políticos extranjeros podrían hacer previsiones racionales sobre el comportamiento de Inglaterra, y los ingleses podrían formular juicios sensatos sobre la capacidad de sus dirigentes. Contravenir esta regla en nombre de un mal definido sentimiento de humanidad, imaginar que se pudieron transferir a la política mundial las simples reglas de la moral y de la justicia que deberían regular la conducta de los hombres en cuanto ciudadanos de naciones estables, era buscarse la confusión y la ruina. La agitación provocada por Gladstone causaba serio embarazo a Disraeli. En 1877, la opinión pública era ya tan desfavorable a los turcos, que le costó no poco convencer a los rusos de que Inglaterra intervendría activamente para impedirles que destruyeran el imperio otomano. En el interior de su gabinete había importantes personalidades, entre las cuales se encontraba su secretario de Relaciones Exteriores, que favorecían una política cauta y pacífica, aborrecían al gobierno turco casi tanto como a Gladstone, y estaban muy deseosos de evitar una guerra con el zar. Por otra parte, Disraeli se encontraba frente al exuberante partido proturco que estaba en favor de la guerra, encabezado por la Reina misma, que saludó el avance de las armas rusas declarando a su primer ministro: "¡Oh, si la Reina fuese un hombre, cómo le gustaría ir a infligir a aquellos odiosos y desleales rusos una hermosa derrota." En cuanto a Disraeli, fue para él un bien que justamente el éxito de "estos odiosos rusos" contribuyese a producir un cambio en la opinión pública. Los turcos se batían valerosa e ingeniosamente, aunque estuviesen en condiciones de gran inferioridad. Desde el comienzo de 1878 el espectáculo de su desesperada resistencia provocó una oleada de simpatía que borró con creces el recuerdo de las atrocidades cometidas en Bulgaria. La indignación contra Turquía fue reemplazada, como sentimiento dominante, por el temor a Rusia. Una nueva palabra, *jingoim*, entró en la lengua para designar el estado de ánimo mezcla de orgullo imperial y belicosidad respecto de la "amenaza rusa". Fue justamente tal sentimiento, así como el relativo debilitamiento de los ejércitos zaristas, lo que permitió a Disraeli utilizar la amenaza de una intervención británica con la finalidad de asegurar la definitiva suspensión de las hostilidades, e insistir para que los términos del tratado de paz los estableciera un congreso europeo más bien que los rusos vencedores.

Las cosas se habían hecho mucho más fáciles para Disraeli después de la renuncia de su secretario de Relaciones exteriores, lord Derby, hijo del ex primer ministro. Su sucesor en el Foreing Office, lord Salisbury, era la mente más brillante del partido conservador y no compartía aprensiones de Derby respecto de la política disraeliana del "riesgo calculado". Es cierto que tenía escasa consideración para los principios políticos de Disraeli, o más bien sospechaba que Disraeli no los tenía en absoluto. Algunos años antes había declarado que no tenía confianza en la honestidad de Dizzy y observado que no "se identificaba por nacimiento o propiedad con las clases conservadoras del país". Sin embar-

1

go, llegó a respetar su valentía, y ahora asumía sobre sí, en todos los particulares, el trabajo diplomático anterior al Congreso de Berlín, actuación que se prolongó también durante el Congreso mismo.

Antes y después del Congreso de Berlín

El 1º de abril de 1878 Salisbury publicó una circular que explicaba los motivos por los cuales Gran Bretaña no podía participar en un congreso europeo sobre la base de las condiciones rusas, y las razones de las objeciones inglesas al tratado de San Esteban. La renuncia de Derby, así como los ininterrumpidos preparativos de guerra en Inglaterra, ejercieron su efecto sobre los discordes pareceres de Petrogrado. El partido paneslavista fue eclipsado. Antes de que se convocara el Congreso de Berlín, se habían fijado los principales términos del acuerdo en una serie de negociaciones secretas entre Inglaterra y Rusia, Inglaterra y Turquía, y en un *gentlemen agreement* con Austria-Hungría. Justamente porque estaba en conocimiento de estos preliminares, Bismarck hizo los preparativos para el Congreso. No tenía la intención de presidir un fracaso.

Disraeli pasó los meses de junio y julio de 1878 en Berlín, y retornó a su patria declarando que traía consigo "una paz honorable". La Triple Alianza, que osó ignorar las pretensiones británicas acerca de la cuestión de Oriente, se había derrumbado. Disraeli se reveló como el hombre del Congreso. Rusia fue privada de muchos frutos de sus victorias; el proyecto de una "Gran Bulgaria" —uno de los puntos fundamentales del tratado de San Esteban— quedó tan disminuido que perdió su significado originario. Se reconocieron las conquistas rusas en Asia, pero su alcance quedaba compensado por la Convención de Chipre, gracias a la cual Inglaterra obtenía la isla de manos de Turquía. Estos fueron los frutos de una guerra sin sacrificios. La importancia de Turquía como Estado-tapón seguía inalterada, ya que los rusos no estaban en Constantinopla, mientras un número considerable de poblaciones se había liberado del insoportable yugo turco. Gladstone podía criticar y definir la Convención de Chipre como un "acto de doblez", pero la mayoría de los ingleses se unió a la reina Victoria para aplaudir al primer ministro, cuando éste definió al líder liberal como un "rétor sofístico embriagado con la exuberancia de su misma verbosidad". Fue la hora suprema de Dizzy y un triunfo casi incontestado, una cumbre de la cual sólo era posible descender, como justamente sucedió.

La experiencia de las guerras con los zulúes y los afganos empañó el impulso imperialista. El 22 de enero de 1879 el ejército zulú del jefe Cetewayo aniquiló completamente, con 20.000 hombres, a una unidad de 1.200 soldados que defendían el cuartel general de lord Chelmford en Isandbwuana. La guerra la había comenzado en diciembre sir Bartle Frere, gobernador de la colonia del Cabo y alto comisario de Sudáfrica, encargado por el ministro de las Colonias de crear una federación sudafricana. Frere había avisado reiteradamente al gobierno que para lograrlo Inglaterra debía ser dueña de ambas costas sudafricanas hasta las fronteras del territorio portugués. Estaba convencido, sin duda con razón, de que no se podía conservar la paz entre los brutales boers del Transval, habituados a esclavizar a los habitantes de Kafirstán, y los valerosos guerreros célibes del ejército zulú de Cetewayo. En 1878, contraviniendo las instrucciones, presentó a Cetewayo un ultimátum que él sabía que no sería aceptado. La guerra terminó con la victoria inglesa pero el precio fue alto. Disraeli defendió a Frere en público, pero en privado tuvo que decir que debió haberlo acusado.

El desastre de Isandbwana fue seguido, en setiembre de 1879, por la masacre de una misión inglesa en Cabul. Con la desobediencia de Frere había precipitado la guerra zulú, así también lord Lytton ,virrey de la India, provocó una guerra en Afganistán.

Inglaterra había combatido en la primera guerra afgana (1839-1842) para expulsar a los agentes rusos de Cabul y asegurarse la frontera noroccidental de la India. En 1878 los rusos enviaron otra misión a Cabul, lo cual constituía probablemente un paso dentro del proceso de escalada militar y diplomática, vinculado con las últimas fases de la cuestión de Oriente. Lytton quería que el emir despachase a los rusos y recibiera en cambio a una misión británica. Mientras Londres se hallaba empeñada en tratativas diplomáticas sin informarlo, Lytton, sin autorización, hizo que su misión siguiese un camino que le había sido expresamente prohibido. En la frontera la misión debió retroceder, pero Disraeli se sintió obligado a sostener al virrey frente a esta "humillación". Se decidió enviar un ultimátum final al emir, y Disraeli preparó a la opinión pública para la guerra, definiendo el límite nordoccidental como una "frontera casual no científica". Siguió a esto una breve guerra. El resultado fue totalmente favorable a los ingleses y en Cabul se estableció una misión británica. En setiembre esta misión fue masacrada por soldados que se habían amotinado, pero en el código imperialista esto sólo podía ser considerado como un pretexto para una guerra punitiva. Las tropas inglesas, hábilmente conducidas por el general Roberts, entraron en Cabul en octubre.

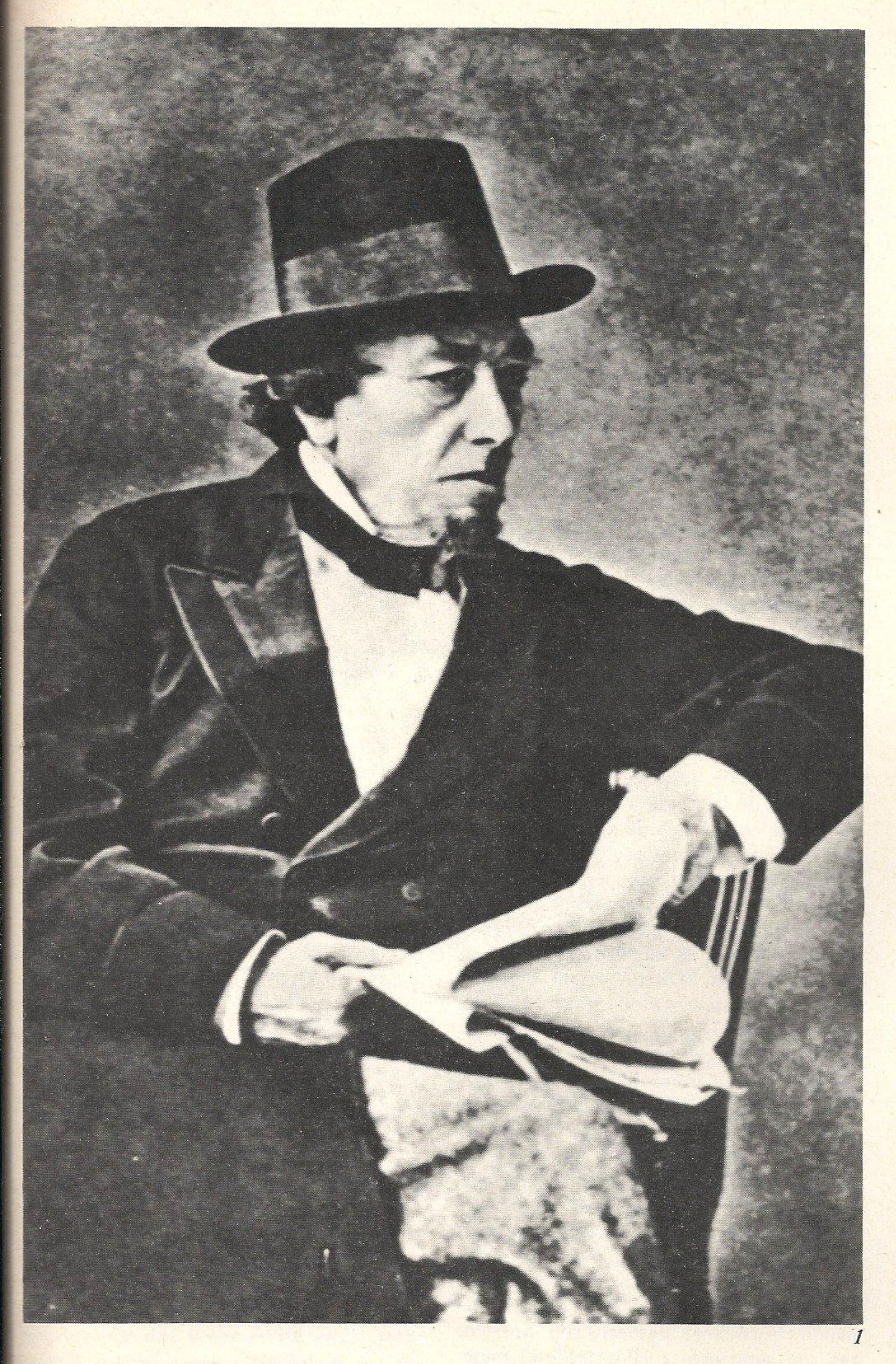
Episodios de esta clase pueden hacer pensar que el imperio británico fue creado en un momento de total inconsciencia. Es cierto que no fue Disraeli quien inició o concertó la guerra contra los afganos o contra los zulúes. En privado se indignaba ante las temerarias iniciativas de sus "soberbios procónsules", y así como consideraba que Frere debía ser acusado, pensaba que se debía llevar a Lytton ante una corte marcial. Pero lo que Disraeli adoraba era el éxito. Lo que cuestionaba no era la insubordinación sino el fracaso. "Cuando los virreyes y los comandantes en jefe desobedecen a las órdenes —escribía—, deberían estar por lo menos seguros del éxito. Lytton, al desobedecer las órdenes, sólo logró cosechar insultos y fracasos." Al primer ministro le venía bien lamentarse de que hombres impetuosos y obstinados lo hubieran arrastrado a la guerra, pero era él quien los había designado en sus altos cargos. Acerca de Lytton escribía: "Queríamos un hombre rico de ambiciones, de imaginación, de vanidad suficiente y de mucha voluntad, y lo hemos encontrado". Además, el tono usado y perentorio de la política imperialista de Disraeli, daba a hombres como Frere y Lytton motivos para creer que el gobierno deseaba terminar de una vez con la vieja política de "magistral inactividad". Lytton suponía que sólo era la Constitución inglesa, "aquel deforme e inmaduro producto de una perenne fornicación política", lo que impedía al gobierno confiarle directamente sus encargos.

La guerra afgana decidió a la oposición a hacer de la política exterior del gobierno el principal blanco, ante la perspectiva de las elecciones generales que estaban por realizarse. Gladstone se embarcó en sus famosas campañas de Midlothian (1879-1880). Con increíble energía habló en una serie interminable de reuniones organizadas según el sistema norteamericano. "Recordad —exclamaba— que la vida en las aldeas del nevado Afganistán no es, a los ojos del omnipotente, menos sagrada e inviolable que la vuestra." Decía que no apelaba a la aristocracia, al clero o a los ricos, sino a algo más grande, a la nación misma. Cuando venció en las elecciones supuso que había sido el "sentido moral" de la nación lo que había derrotado a Disraeli. En realidad, el resultado se vinculaba quizá mucho más con la crisis agrícola e industrial. Como dijo Disraeli: "Tiempos difíciles" era el grito de guerra contra nosotros. Los sufrimientos exigen un cambio, no importa cuál; están cansados de esperar."

Caída de los conservadores y declinación de Disraeli

Era una ironía de la suerte el hecho de que los campesinos, tradicionalmente los más fieles partidarios de los *tories*, contribuyeran a la derrota de los conservadores. La anulación de las leyes sobre los cereales en 1846, más bien que provocar la rui-

na de la agricultura británica, inauguró su "período áureo". Los efectos de las malas cosechas fueron durante tres decenios, compensados con un aumento de los precios. Alrededor de 1870, sin embargo, se verificó en Inglaterra, en medida cada vez mayor, la importación de grano a bajo precio, y Disraeli debió enfrentar el pedido de una vuelta al proteccionismo, tal como habían hecho la mayor parte de las otras naciones de Europa al encontrarse frente al mismo problema. Dizzy se deshizo bruscamente de quien le recordaba sus antiguos discursos proteccionistas. La cosa era políticamente imposible. El mismo había presidido la emancipación de gran parte de la clase trabajadora urbana, que estaba ahora más expuesta que nunca a los riesgos de la desocupación. Era justamente él quien debía aumentar el número de sus desgracias elevando el costo de la vida. En el Congreso de Berlín discutió con Bismarck acerca de la amenaza socialista. Es cierto que el príncipe le aseguró: "No habrá nunca socialismo en Inglaterra, sois un país feliz. Estaréis a salvo mientras la gente se dedique a las carreras de caballos. Aquí, un gentilhombre no puede andar a caballo por la calle sin que veinte personas sigan para sí o murmuren una a otra: '¿por qué ése tiene un caballo y yo no?' En Inglaterra, cuantos más caballos posee uno tanto más popular es. Mientras los ingleses se interesen en las carreras, el socialismo no prosperará entre vosotros." Dizzy tenía bastante agudeza para comprender que tal garantía no era demasiado eficaz para la seguridad de la sociedad. Mucho tiempo antes había encontrado su Lassalle bajo el aspecto de un ex *tory*, H. M. Hyndman, que lo visitó para examinar las perspectivas socialistas. En 1880 Inglaterra estaba en vísperas de un despertar socialista. Disraeli prefirió sabiamente enfrentar la oposición de los candidatos de la "Farmers Alliance" (Liga de hacendados) más bien que acelerar el progreso de otras fuerzas que, una vez desencadenadas, resultarían probablemente mucho más temibles. Disraeli aceptó su derrota con característica valentía, pero no sobrevivió largo tiempo. Continuó dirigiendo su partido y encontró el tiempo necesario para terminar otra novela. En 1881, murió. En su lecho de muerte se le preguntó si deseaba que lo visitara la reina. "No, es mejor que no —respondió—, me pediría que le llevase un mensaje a Alberto."



1

1. Disraeli en una fotografía de 1878.

En la página 305

1. Disraeli en su biblioteca del castillo de Hughenden

2. El castillo de Hughenden

Balance de una vida política

No hay nada tan definitivo y autorizado, para el hombre común, como el "juicio de la historia", y se olvida que éste es sólo el juicio de los historiadores. Dejando de lado el hecho de que el transcurrir del tiempo ofrece nuevos puntos de ventaja y nos enriquece con noticias frescas, es deber de

todo autor someter a revisión cualquier juicio histórico.
Desde la segunda mitad del siglo XX es fácil señalar el carácter efímero del éxito de Disraeli. Su imperialismo se nos aparece gastado y disminuido. Hace treinta años los historiadores creían encontrar rastros de su genio en el *Royal Titles Bill*, persuadidos de que tal decreto habría contribuido a la pacífica integración del autogobierno hindú en el Commonwealth, con que sólo se hubiesen repudiado los lazos existentes con la Corona y se le hubiera concedido explícitamente el carácter de república. Chipre, otra joya de menor magnitud que Disraeli obtuvo triunfalmente sin derramamiento de sangre, mostró su inutilidad mucho antes de transformarse en una llaga purulenta; en Sudáfrica, los descendientes de Cetewayo sufren una política de *apartheid* condenada por Inglaterra como por el resto del mundo civilizado. El "golpe" de Suez perpetuó la confusión respecto de la relativa importancia de la propiedad y el control del canal, contribuyendo a la humillación de los conservadores ingleses en 1956. Pero si el imperialismo británico es un sueño que se desvanece, nada de cuanto dejó en herencia Disraeli ha tenido tan poco éxito como su supersticioso misticismo respecto de la raza. La nebulosa doctrina de que la "raza es todo" se encontró vinculada no con la exaltación del pueblo judío, sino con la dura realidad del exterminio de seis millones de judíos en las cámaras de gas alemanas. Sin embargo, una de las realizaciones de Disraeli resultó duradera, cualquiera sea el valor que se le atribuya. En todos los otros países de Europa, los tradicionales partidos de derecha se resquebrajaron y debieron reconstruirse bajo diferentes estandartes. Ninguno de ellos, con excepción del partido conservador inglés, puede jactarse de poseer antecedentes que sobrepasen los cien años. Es en buena medida mérito de la herencia de Disraeli que los conservadores no sólo hayan sobrevivido al advenimiento de la democracia de masas, sino que se hayan implantado como gobierno normal de Inglaterra. Deben esta posición a la incidencia de varios factores, entre ellos el sistema electoral mismo que ha demostrado en general favorecerlos, además del hecho de que sus opositores han dado prueba de ser demasiado propensos a escisiones y divisiones. Pero el éxito de los *tories* no debe entenderse sólo en función de consideraciones negativas. Disraeli afirmó, contra la incredulidad y el escepticismo de sus opositores, la realidad del trabajador conservador. "Nos han dicho —declaró en 1874— que un trabajador no puede ser conservador porque no tiene nada que conservar: ni tierra ni capital; ¡como si aparte de la tierra y del capital no hubiese otros bienes preciosos!" Destacó que los nobles de otras naciones no poseían las libertades individuales que eran privilegio de todos los ingleses: libertad en lo que respecta al arresto arbitrario y a las inspecciones domiciliarias, una administración honesta e imparcial respecto de la ley. Además, los trabajadores tenían o llegarían pronto a tener plena libertad de asociación, de modo de promover sus intereses colectivos. ¿Cómo podía sorprender —preguntaba— el hecho de que los trabajadores quisieran conservar tales derechos, y que muchos de ellos demostraran que eran conservadores? Disraeli logró hábilmente infundir en los trabajadores ingleses un sentimiento de orgullo por el hecho de pertenecer a una sociedad privilegiada y les enseñó a pensar en el partido conservador como el único partido nacional.
Naturalmente, muchos trabajadores debían plantearse la cuestión obvia de si las libertades de las que hablaba Disraeli sólo podían preservarse dentro de un régimen basado en inmensas desigualdades de riqueza y de renta. Disraeli enfrentó esa dificultad apelando no a la razón, sino a la imaginación y al sentimiento. Los pobres y los humildes, o muchos de ellos, están dispuestos a rendirse a la elevación de la clase social o a la vastedad de las riquezas. El mundo de lo alegre y de lo espléndido puede ser objeto más de ambición que de resentimiento. La aquiescensia, junto con las esperanzas de una promoción personal, si no para uno, al menos para los hijos de uno, fueron los sentimientos que reconciliaron a millones de trabajadores con el orden constituido. Disraeli captó perfectamente estas características de la psicología popular. Los liberales, que sabían que casi todos los líderes eminentes del mundo del trabajo hacían propias las posiciones de su partido, se ilusionaron pensando que representaban las orientaciones políticas de su clase. Pasaron por alto el hecho de que la aquiescencia —que concuerda perfectamente con el voto en favor de los conservadores— representa un obstáculo para los trabajadores que llegan a asumir un liderazgo político en el partido *tory*, ya que de esa manera acceden a una posición de mando justamente respecto de aquellos que son superiores a ellos desde el punto de vista social. En sustancia, Disraeli fue contrarrevolucionario como su amigo Metternich: nada le parecía más pobre que la igualdad entre los hombres. Sin embargo, fue un gran realista que intuyó la necesidad de contraponer al cambio de las circunstancias una actitud dúctil. Se aseguró el poder para sí y para su partido, sustituyendo a un programa contrarrevolucionario, perspectivas capaces de oponerse a la revolución. Los *tories* se habían manifestado siempre contrarios a los derechos del hombre, a los derechos de los ingleses. Disraeli les enseñó que si querían oponerse a la idea de Progreso, debían hacer una práctica constante del Mejoramiento; si querían obstaculizar al socialismo, debían alentar la reforma social.

Bibliografía

R. Blake. *Disraeli*, Londres, 1966, que contiene muchísimo material nuevo, aunque su verdadera característica consista en su eruditísima integridad. W. F. Buckle y G. E. Monypenny, *The life of Benjamin Disraeli, Earl of Beaconsfield*, Londres, 1910-1920, 6 vols. A. Maurois, *Disraeli*, Bs. As., Espasa-Calpe. C. Roth, *The Earl of Beaconsfield*, Nueva York, 1952. R. Maitre, *Disraeli: l'Homme de Lettres*, París, 1963. A. Briggs, *Victorian People*, Londres, 1954. B. R. Jerman, *The Young Disraeli*, Princeton, 1960. H. Pearson, *Disraeli*, México, Grijalbo.

nuncio importante

Pronto usted podrá canjear los fascículos 19 al 35 de

LOS HOMBRES

de la historia

por un magnífico tomo encuadernado:

El siglo XX **

El siglo XX incluye los hechos fundamentales del período 1900 - 1974 y diecisiete biografías: Hemingway, Camilo Torres, Lumumba, Ford, Eisenstein, Mussolini, Le Corbusier, Los Kennedy, Diego Rivera, Proust, Nasser, Franco, Sartre, Dalí, Piaget, T. S. Eliot y Luchino Visconti,

Nº 46 al 42 $ 140.-
Nº 41 al 1 $ 160.-



Centro Editor de América Latina
más libros para más